



**LAURA, UN CUERPO HECHO DE BATALLAS PERDIDAS Y DE MÚLTIPLES  
MUERTES, PERO QUE NO ABDICA: ES LEGIÓN.**

**ELIANA MARCELA SUÁREZ-CÁRDENAS  
JHEISON FABIÁN GUTIÉRREZ-BERMÚDEZ**

**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS  
MAESTRÍA EN EDUCACIÓN Y DESARROLLO HUMANO  
UNIVERSIDAD DE MANIZALES  
MANIZALES, CALDAS**

**2017**



**LAURA, UN CUERPO HECHO DE BATALLAS PERDIDAS Y DE MÚLTIPLES  
MUERTES, PERO QUE NO ABDICA: ES LEGIÓN.**

**ELIANA MARCELA SUÁREZ-CÁRDENAS  
JHEISON FABIÁN GUTIÉRREZ-BERMÚDEZ**

**Asesor:**

**Jaime Pineda**

**Trabajo para optar por el título de Mg. en Educación y Desarrollo Humano**

**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS  
MAESTRÍA EN EDUCACIÓN Y DESARROLLO HUMANO  
UNIVERSIDAD DE MANIZALES  
MANIZALES, CALDAS**

**2017**

**Laura, un cuerpo hecho de batallas perdidas y de múltiples muertes, pero que no abdica: es legión.**

No hay mayor exclusión, en una tierra de exclusiones, que nacer pobre y mujer en una sociedad neoliberal y machista. Su nombre es Laura. Que bien podría significar Victoria. Laura, una mujer joven de 21 años, se adentra por entre los recovecos de la sinuosidad agreste del pretérito y evoca, con una mirada ausente, sus primeros años de vida. Bien recuerda las arepas de su mamá -Ana- para el desayuno, el beso de su papá -Jairo- al sentarse a la mesa, el canto perenne y armonioso de los pájaros en las ramas, el color verde de lo circundante, y el azul del cielo que la cobijaba. Habla de su muñeca desnuda y de sus ansias por protegerla de los elementos.

A los cinco años, Laura era una niña feliz, con toda la carga polifónica, semántica y subjetiva que puede traer la palabra felicidad. Subjetividad que es entendida como el resultado de la interacción de un sujeto con creencias, experiencia de vida y cosmovisión con *otro* sujeto con creencias, experiencia de vida y cosmovisión (Corral, 2004). Así, en la subjetividad, se entran discursos en los que “...desaparece el sujeto racional y nace el sujeto de la experiencia, la cual se estructura a partir de los procesos de subjetivación que operan y configuran al sujeto en su momento histórico.” (Caro et al., 2013, p. 52)

Subjetividad que hacía que para ella el sabor del chocolate o de la aguapanela no tuvieran igual, salvo, por supuesto, los dulces que le compraban los sábados cuando salían al mercado;

así, ella se entendía como la niña más feliz del mundo. Vivían en una finca en la periferia del municipio de Montenegro, Quindío. Tierra exuberante y colorida que cuenta con las condiciones para pensar que es una bella *ilusión* del paraíso edénico. Así lo veía Laura, como su idealización onírica y constante de una realidad inmutable e incólume. Era una finca grande, en la que sus papás eran los encargados de llevar las riendas y de rendirle cuentas a su patrón, el dueño de ese pedazo de tierra, que solo se veía por esos lares dos veces al año para pasar vacaciones.

Don Jorge, el dueño, cuando venía de la capital era otra fiesta, porque le traía un juguete y una que otra ropa que ya no usaban sus hijas. A los cinco años, Laura veía a don Jorge como el hombre más rico del mundo. Y sus papás se lo reafirmaban, pues le decían ¡dotor!<sup>1</sup>, y ella sabía que los “dotores” son gente importante. Ya que, los veía en la televisión con sus largas corbatas y sus rostros adustos y conspicuos, con el micrófono casi dentro de sus bocas hablando cosas que ella no entendía, y que por eso, su nimbo de grandeza se acrecentaba. Por lo mismo, don Jorge debía ser el hombre más rico e importante del mundo. Además de que era el dueño de ¡toda! la finca; y la finca era muy ¡grande!

Sus papás tenían que mantener la finca marchando, esa era la palabra del patrón o dotor para referirse a un sinfín de actividades y labores que les tocaba hacer a sus papás. Entre ellas estaba: desyerbar, impedir que la yerbamala se apoderara de la finca; recolectar los frutos de los naranjos, los limoneros los aguacates, los bananos y los plátanos; esto lo hacía su papá casi

---

<sup>1</sup> “El hecho de que se le diga “doctor” a cualquier profesional se debe a las grandes desigualdades sociales que tiene Colombia, desde décadas anteriores muchos de los que viven en el campo le han dicho “doctor” a los que viven en la ciudad, así es que la “doctoritis” es una irracional tradición. Generalmente se le dice “doctor” a los abogados, ingenieros, politiqueros, médicos y a muchos otros sin importar el título que tengan, muchos son tratados de “doctor” sin ni siquiera un título profesional, sólo porque ocupan un cargo que le han otorgado los politiqueros. Hoy hasta un técnico, se le trata temerariamente de “doctor”, para no mencionar a otras personas que a veces sin estudios universitarios, aceptan ese trato.” (Morales, 2013)

siempre solo, pero cuando necesitaba ayuda llamaba a un muchacho vecino; se llamaba Juan Carlos. Un joven escuálido que solo sabía leer a medias y medio garabateaba su nombre, que parecía que se fuera a desbaratar con el bulto de naranjas al hombro; en cambio, su papá era todo un fortachón que levantaba esos bultos de la misma forma que la levantaba a ella para ponérsela sobre los hombros. Él era el hombre más fuerte del mundo, y el más valiente.

En esta medida, Juan Carlos puede ser, dentro de la narrativa de Laura, uno de tantos símbolos de exclusión, marginación y juvenicidio; toda vez, que la no escolarización es sinónimo de muerte juvenil, como bien lo menciona Nateras (2015):

Si esto es así, en esta narrativa encontramos que nos enfrentamos a una violencia social, estructural y de muerte, muy compleja (...) considerar que los jóvenes son violentos simplemente por ser jóvenes; sino que la MS-13 y el B-18, se fueron constituyendo precisamente en contextos de exclusión social, de marginación, de miseria, de pobreza, de inequidades sociales, de exclusión en los ámbitos escolares y laboral y del abandono familiar. (p. 107)

En tanto, en Colombia se evidencia que la descolarización juvenil tiene un impacto relevante dentro del constructo social, como bien lo muestra la UNICEF (2014): “Esta situación se complementa con hechos como que la tasa nacional de analfabetismo en áreas rurales, en 2014, fue más del doble (12 por ciento) con respecto al dato nacional (5,2 por ciento).” (p. 17) En este orden de ideas, Freire (2010) expone que la no escolarización de los jóvenes -como sujetos pensantes- es una de las violencias más recalcitrantes para las sociedades dentro del contexto socio-histórico actual; ya que, supone una coartación del derecho a ser ciudadano, a ejercer

plenamente su condición de existir en el mundo, de asumirse como sujeto cognoscente, y lo relega a un espacio de ser pensado:

Ésta es una de las violencias que realiza el analfabetismo, la de castrar el cuerpo consciente y hablante de mujeres y de hombres prohibiéndoles leer y escribir, con lo que se los limita en la capacidad de, leyendo el mundo, escribir sobre su lectura, y al hacerlo repensar esa misma lectura. Aunque no anule las relaciones milenarias y socialmente creadas entre lenguaje, pensamiento y realidad, el analfabetismo las mutila y se constituye en un obstáculo para asumir la plena ciudadanía. Y las mutila porque, en las culturas letradas, impide a analfabetos y analfabetas contemplar el ciclo de las relaciones entre lenguaje, pensamiento y realidad al cerrar las puertas, en esas relaciones, al lado necesario del lenguaje escrito. Es preciso no olvidar que hay un movimiento dinámico entre pensamiento, lenguaje y realidad del cual, si se asume bien, resulta una creciente capacidad creadora, de tal modo que cuanto más integralmente vivimos ese movimiento tanto más nos transformamos en sujetos críticos del proceso de conocer, enseñar, aprender, leer, escribir, estudiar. (p. 24)

Por otra parte, la finca estaba cultivada, en su gran mayoría, por café. Y eran muchas matas de café esparcidas por todo el campo, tanto, que ella no podía recordar hasta dónde se extendía, pero sabía muy bien que no se podía aventurar por entre ellas, ese era un espacio que le tenían vetado. “¡No mijita, usted por allá no se puede meter!”, le decía su mamá con cara angustiada, así que ella suponía que debía estar invadido por monstruos y criaturas nunca antes vistas. La angustiosa prohibición del espacio del cafetal, es una clara muestra de la muerte que este punto representaba para su mamá (figura de poder), un lugar de inminente peligro; al entender que

dentro de este espacio podría operar la muerte de Laura, su niña, Ana hacía lo posible por impedir que ella se moviera por allí.

Quizás las trayectorias y desplazamientos del espacio público de la calle al espacio privado del cuerpo (aunque construido colectivamente), sea uno de los escenarios más delicados en cuanto a los sucesos más cruentos y absurdos de las puestas en escena de las violencias de muerte y del aniquilamiento identitario. (Nateras, 2015, p. 115)

Laura obedecería ese mandato al pie de la letra; aunque ganas no le faltaron para internarse por entre el cafetal y hacerle frente a esas criaturas. Todas las noches rezaba para que esos monstruos no se devoraran a su papá, de su mamá no se preocupaba, toda vez que pasaba una gran porción de tiempo dentro de la cocina.

Cuando don Jorge llegaba a vacacionar, ella estaba feliz, porque podía ver a tres niñas hermosas bañándose en la piscina; ¡la piscina!, mantenerla bien era el trabajo de su mamá, y a ella la dejaban bañarse en ella en las tardes de mucho calor; pero no así cuando estaban don Jorge y su familia en la finca, además del cafetal, entonces, también entraban otros espacios a estar vetados, el primero era la piscina, y luego cualquier espacio donde estuvieran los patrones, así que, en suma, solo le quedan dos lugares libres: su cuarto y la cocina, y de vez en vez el patio trasero.

Aquí, de nuevo, opera la prohibición del espacio, pero ya no por el miedo a una muerte dentro de ese espacio, sino para no invadir el espacio de un *otro* con poder. Con lo que se llega a la violencia o muerte simbólica de Laura al restringirle la libre circulación por los espacios que

ella consideraba suyos, no obstante, como bien lo menciona Muñoz (2015) el Juvenicidio es entendido de forma amplia, más allá de la muerte física que sufren los niños y los jóvenes en las actuales sociedades:

...sino en otras muchas formas de atentar contra la vida de los/las jóvenes: la precariedad laboral, la exclusión de la vida pública, el silenciamiento y satanización en los medios de comunicación, las limitaciones a sus derechos, *la prohibición de la movilidad dentro de territorios acotados*, el cercenamiento de las libertades, la abierta represión... [cursivas y negrita propias] (p. 132)

No obstante, eso a ella no le importaba, porque era la familia de don Jorge la que estaba en la finca, y eso era motivo suficiente para sentirse bien.

De otra parte, cuando era cosecha de café la finca se llenaba de hombres toscos y vulgares, en su mayoría. Hombres -no mujeres, porque ese trabajo es de hombres, le decía su mamá- aventureros que recorrían gran parte del país en busca de ese fruto rojo. Sus gruesas voces, y su estertóreas toses le producían infinidad de emociones a Laura. Entonces su papá dejaba las labores propias, y se concentraba en organizar a los nuevos trabajadores. Por su parte, su mamá se afanaba en la cocina para enfrentar la demanda de esa horda hambrienta. Ana, su mamá, la mayoría del tiempo hacía sus labores sola: lavar la ropa, limpiar la casa, hacer la comida para ellos tres, barrer el patio, cuidarla a ella, cocer, alimentar a las gallinas, limpiar las *cosas* - televisión, radio, muebles, repisas, etc.- de la casa...; pero cuando era recolección de café, le tocaba llamar a una de sus hermanas, su tía Leonor. Su tía, entonces, venía desde muy temprano en la mañana, y se iba entrada la noche. Ellas dos hacían de todo. Leonor también traía a sus dos hijas, las primas de Laura, casi de su misma edad, una de seis y la otra de siete años.



Veía a su tía como la mujer más bonita del mundo. Leonor siempre se maquillaba el rostro para resaltar su belleza; usaba aretes largos y de variadas formas: pájaros, plumas, tambores, símbolos indios, entre otros muchos más; su ropa era siempre colorida, sus blusas con grandes escotes y sus faldas más arriba de las rodillas eran la envidia -y rabia- de muchas, y la razón para que otros tantos le dijeran frases bonitas. Así lo veía Laura, ella envidiaba a su tía, se quería parecer a ella; poder contonear sus caderas al ritmo del viento y que el sol sonriera solo por verla a ella. Así, que a su muñeca le pintaba su cara plástica con lo que encontrara y que creyera que le serviría: carbón o colores de la escuela. Ese era otro motivo para alegrarse cuando su tía y sus primas iban, ya que a ellas su tía les dejaba pintarse, y ese era un juego impostergable: la pasarela. Las tres tenían a Leonor como su prototipo de mujer ideal.

Laura soñaba con ser grande y poder ponerse tacones que llegaran hasta el cielo, un escote tan profundo que hiciera perder a los hombres entre sus serpenteadas honduras inhóspitas, y minifaldas que mostraran el pandemónium idílico en el que hombres y mujeres, por igual, se pierden para siempre. Aunque Laura, en esa época, no entendía muy bien por qué su tía era tan mirada por todo el mundo, sí sabía que quería lo mismo para ella misma. Por tanto, cuando su mamá se sentaba en las tardes a ver telenovelas, Laura se acurrucaba calladita junto a ella solo para mirar a las bellas actrices que se les presentaban en la pantalla. Sus ideas arquetípicas de belleza femenina, entonces, venían de las imágenes proyectadas por el aparato. Ellas con todos sus lujos: casas que parecían castillos, ropas de todos los colores y estilos, hombres que hacían lo que ellas les pidieran, en fin, mujeres con el mundo a su pies; sin embargo, es necesario tener en cuenta lo que menciona Valenzuela (2015):

El juvenicidio tiene como antecedente la obliteración de los canales de movilidad social para las y los jóvenes. Estamos hablando de horizontes de vida restringidos tanto en términos de empleos disponibles, como en su capacidad para superar la línea de pobreza. Los jóvenes son los más afectados por el desempleo y el subempleo, situación que los coloca en la necesidad de acceder a la informalidad y la paralegalidad, condiciones de precarización que engrandecen la alternativa de las actividades ilegales como opciones disponibles para adquirir diversos bienes básicos y simbólicos publicitados hasta el hartazgo, por los medios de comunicación como elementos que definen las vidas exitosas. Sin embargo, la mayoría de las y los jóvenes se encuentran excluidos de esos estilos de vida y de las opciones de consumo promovidas por el neoliberalismo. (p. 17)

De acuerdo con Valenzuela (2015) los jóvenes son bombardeados con mensajes de éxito que ponen el énfasis en la adquisición de bienes, o en estilos de vida ostentosos, a los que la gran mayoría de jóvenes no pueden acceder. Todo esto promovido, según lo mencionado por este autor, por el modelo económico-político neoliberal, en el que se destruye al *otro* y la identidad de los más.

Por tanto, cada vez que salía al pueblo con sus papás, Laura no perdía oportunidad de pedir la muñeca que ella consideraba que se podía equiparar a las mujeres que veía en las telenovelas rosas que hacían llorar a su mamá. Así que siempre escogía la más rubia, la más delgada, la más alta la que tuviera más pelo, la que tuviera las piernas más largas, la que pudiera vestir y desvestir, maquillar y desmaquillar a su antojo, en fin, hacerle todo lo que ella quería hacer, con ella misma, de grande. Por lo mismo, no veía el momento de crecer, que sus senos se agrandaran, que sus caderas se ensancharan, que sus piernas se alargaran, que sus glúteos se redondearan, que su pelo se ondulara, poder maquillarse hasta la saciedad, y ponerse la misma ropa de su tía

Leonor. Deseaba que los hombres le coquetearan igual que a ella, que la miraran cuando pasara, que le dijeran de todo y que la invitaran a salir, que le dieran regalos como en las telenovelas, que le dieran muchos regalos y poder vestir siempre así. En este sentido, Ortiz (2013) afirma que:

El modelo de belleza hegemónica o dominante ha sido impuesto por la cultura occidental y alude en la actualidad al cuerpo sano, estilizado, joven y sobre todo blanco. Esta estética hegemónica ha sido vehiculizada principalmente por los medios de comunicación occidentales, los cuales agencian de esta manera una estandarización de los cánones de belleza. (p. 177)

En esta medida el estándar de belleza es arquetípico desde el ideal occidentalista de “cuerpo perfecto”; todo ello, con base en figuras o símbolos creados por el mercado -oferta-demanda; no obstante, esta oferta-demanda permea todas las dimensiones de lo social, V. gr., los valores, la estética, las conductas, las normas, etc.:

Según esto, Barbie es un modelo que implica características especiales y señala un determinado modo ser. Se ha convertido en un ideal de belleza, de éxito y felicidad con alcance global. Lo más natural es que el niño se vea inducido a pensar que, para obtener todos esos valores y cualidades positivas; belleza, éxito, amor, felicidad, debe ser como Barbie: debe parecerse físicamente a Barbie porque Barbie es bonita; debe comportarse como Barbie porque Barbie es graciosa, femenina y elegante. De esta forma también se desarrollan asociaciones de ideas erradas, como por ejemplo, la creencia de que la belleza física traerá consigo la perfección, el amor y la felicidad. (Brown, 2004, p. 6)

En este sentido, la belleza -o el ideal de belleza- de Laura, está directamente vinculado a tres modelos: a la forma de vestir y de maquillarse de su tía Leonor, a las actrices que veía en las telenovelas, y a las muñecas que le compraban como juguetes. Con este ideal crecen muchos jóvenes latinoamericanos, y en esa búsqueda del ideal de Barbie o del ideal Kent (pareja de Barbie) se frustran, y esa frustración lleva a que muchas se sometan a cirugías costosas o que, incluso, pongan en riesgo su vida, solo por alcanzar lo que no son.

De suerte, que mientras que su papá corría de un lado para otro por toda la finca, y su mamá y su tía hacían lo mismo, pero dentro de la casa. Sus dos primas: Camila y Valentina traían sus muñecas estereotipadas y jugaban todo el día con ella. Sin embargo, ellas dos ya estaban en el colegio y llegaban solo después del mediodía a la casa. Pero eso era lo mejor del mundo para Laura, porque jugaban a la cocinita, a bañar a las muñecas, al papá y a la mamá, pero les tocaba ser madres solteras, como la tía Leonor, porque no tenían niños para que fueran los papás. Así se les iban las tardes, entre regaños a sus muñecas, peleas entre ellas, modelar, maquillarse y maquillarlas, y soñar con ser grandes para despertar la pasión de los hombres y la envidia de las mujeres.

En esas épocas de cosecha, la algarabía empezaba muy temprano, a eso de las cinco de la mañana, y ella entre dormida podía escuchar las carcajadas de esos hombres y sus frases cargadas de palabras fuertes y subidas de tono. Ella despertaba y veía a los hombres moverse como hormigas en el universo que creaba el cafetal, al que ella no podía entrar. A las ocho salían -emergían de ese otro mundo- con sus rostros manchados por el sudor, pero con la cara sonriente; muchos de ellos ya eran viejos, y las zancas que proyectaba su cara eran un símil de

los campos sembrados. Mientras que los más jóvenes parecerían envejecidos a fuerza de sol y lluvia. Eran hombres estrujados por las vicisitudes de la vida, que aceptaban, resignados, pervivir en una sociedad que no les ofrecía más.

Ella solo los veía, como un enjambre, tres veces al día: a las ocho de la mañana, a las doce del día y a las cinco de la tarde. Lapso impostergable en el que ellos se abalanzaban sobre la comida que preparaban su mamá y su tía. De esos tiempos a Laura le quedó levantarse muy temprano en la mañana así no tenga nada para hacer. Los recolectores se sustraían de sus tareas en el ocaso, cuando los arreboles tiñen de infierno al cielo, ella podía verlos más de cerca; y casi hasta interactuar con ellos; solo que los fuertes olores que desprendían los cuerpos de aquellos, sumado al humo del cigarrillo que, copiosamente, todos -sin excepción- extinguían entre sus labios, y sus discursos subidos, no le permitían estar mucho tiempo ahí. Además, su mamá no veía con buenos ojos que una niña estuviera entre tantos hombres, y su papá pensaba igual, y con el ceño fruncido, cada vez que la veía por ahí, la increpaba.

Para Laura la vida era esa, no veía más allá del mundo que le ofrecía la finca. Empero, al año siguiente, cuando ella ya tenía seis, sus papás tomaron la decisión de ingresarla al contexto educativo; era una pequeña escuela, y quedaba a media hora a pie; su mamá era la encargada de levantarla y arreglarla: era un uniforme azul con cuadros blancos, o blanco con cuadros azules, sus zapatillas impecables parecían un espejo, y sus medias relucían de lo blancas. Ella aún recuerda, con dolor, las trenzas que su mamá le hacía. Su papá era quien la llevaba hasta allí, la cargaba gran parte del trayecto, y otro lo hacía ella a pie mientras preguntaba todo; y su papá con paciencia, unas veces, le contestaba con los nombres que conocía o se inventaba los ignorados.

Entraba a las seis y cuarenta y cinco de la mañana a otro mundo. Era basto y magnifico. Multicolor, y le ofrecía un sinnúmero de diversos y variados elementos, situaciones, factores y sujetos que enriquecieron su cosmovisión. Fue en ese primer año en la escuela que conoció a una de sus amigas que la acompañarán muchos años después. Es en la escuela que dará sus primeros trazos sobre un papel, y es allí donde escuchará las primeras canciones infantiles. Pues los únicos ritmos que conocía eran los que gritaba a voz en cuello su mamá mientras hacía sus labores o la música que ponía su papá en el radio después de terminada la jornada agotadora. Esa música popular se le había tatuado en su piel; al punto de que en la actualidad es la música que ella escucha.

En la escuela aprendió que los niños tienen derechos, y que todos deben velar porque se cumplan. Sin embargo, también entendió que esos derechos solo están en el papel, están de bonitos para que sean recitados por lo niños; algo así como los símbolos patrios. Su profesora les enseñaba que las niñas son diferentes a los niños. Además, fue allí donde escuchó, por primera vez, la palabra pene y la palabra vagina o vulva. Ya que, en su casa le llamaban a esta parte de su cuerpo biscocho o cocorocho. Así mismo, sus acercamientos a la sexualidad habían sido por medio de las conversaciones que escuchaba de los recolectores de café en la finca; pues estos contaban, casi en detalle, sus sucesos en el pueblo cada sábado cuando recibían el pago de la jornada larga y extenuante. Estos sucesos tenían que ver, en gran medida, con los avatares de noches de borrachera, y en las que concretaban el *negocio* con alguna mujer de uno de esos bares; mujer que se convertía en mercancía, adquirible, comprable, intercambiable, negociable, usable, desechable:

La relación que se establece entre la meretriz y el cliente es comercial. Se caracteriza por la venta del cuerpo y/o placer por dinero, en la cual la mujer pasa a ser vista como mercancía por los servicios prestados. En esa negociación, se construye una imagen despectiva de la meretriz, en la cual pierde el referencial de mujer, madre, hija, ciudadana, favoreciendo, así, prácticas discriminatorias en su cotidiano, expresas por violencia simbólica, agresiones físicas y hasta asesinato. (Cavalcante y Ferreira, 2012, p. 4)

Fue en la escuela, de igual forma, que pudo ver un mundo en el que convergían cafetales y cuadernos; escuchar que no servía estudiar y que lo mejor era irse a trabajar para coger plata. Porque lo que cuenta es la plata, esa fue una de las lecciones que aprendería de la vida: la plata lo es todo. Las tareas eran otro dilema, pues les mandaban una cantidad estimable y en la casa sus papás ya tenían mucho por hacer, así que le tocaba, casi siempre, a ella sola. No obstante, sus papás estaban pestos a reprenderla -con castigos físicos o verbales- si no las hacía o no quedaban como sus expectativas lo indicaban. De esta forma, fue tomando al estudio como una obligación y no como un placer. El año lectivo trascurrió sin mayores altibajos, y ella pasó, con honores, a segundo de básica primaria.

Llegó diciembre y con él las vacaciones. Don Jorge y su familia aparecieron con su juguete y la ropa de las niñas en una bolsa de plástico negra. Bolsa de basura que simboliza, ente otros factores, la invisibilización, el desperdicio, el despojo, lo que se desecha, lo que ya no se puede “usar”... la muerte:

Este delirio y festival, está caracterizado a partir de las diferentes formas en que se está asesinando y aniquilando al otro: cuerpos inertes con señales evidentes de tortura; tirados o aventados en lotes

baldíos, en campos despoblados, o en barrancas de difícil acceso; maniatados-atados; en bolsas de plástico —embolsados (Nateras, 2015, p. 121)

Como siempre la piscina quedó, de nuevo, prohibida para ella como lugar reservado a los patrones. Para esa ocasión llamaron a su tía para que ayudara, por cuanto el dueño había traído invitados. Así pues, sus primas se quedaban todo el día con ella, jugando al papá y a la mamá. Pero además de este y otros juegos, ya habían incluido otros tantos que aprendieran en la escuela: lleva, escondite y el de la escuela; este último consistía en que la niña mayor personificaba el papel de profesora, y las otras dos serían, entonces, las estudiantes. En uno de esos juegos, en el patio trasero, ella vio a una de las hijas del patrón con curiosidad y con ánimos de participar, así que Laura la invitó. Trascurrió un rato y, de repente, apareció la esposa del dueño de la finca e increpó a su hija: -no te juntes con esas niñas, ¡no ves que te pueden pegar los piojos!- Luego apareció su mamá y las regañó, supuestamente, por estar molestando a las hijas del patrón.

Este: “no te juntes con esas niñas, es una invisibilización de los sujetos como seres penantes, críticos y sintientes; invisibilización que opera como una muerte en el centro mismo del ser, porque despoja a la persona de su existencia, y lo posiciona en un no existencia, un no lugar, un no pensar; en este sentido, Llobet (2015) afirma que la invisibilización deviene de relaciones de poder, en las que se es opresor u oprimido. Relación de poder en las que el oprimido deviene pérdida identitaria. Es decir, un no *ser*:

...la victimización de estos jóvenes y niños de sectores populares y sus inscripciones de género, es invisibilizada. Niños, niñas y jóvenes constituyen las víctimas más frecuentes de los procesos de



violencia social y aumento de la criminalidad. (...) las divisiones sociales se expresan institucional, intersubjetiva, experiencial y relacionalmente. Involucran relaciones de poder y afectivas y son experimentadas subjetivamente como inclusión, exclusión, discriminación, aspiraciones e identidades. En tal sentido, las vivencias de desigualdades, violencia social y exclusión constituyen marcos subjetivos para el despliegue de trayectorias biográficas, trayectorias que emergen en la intersección entre la determinación de la estructura social y su puesta en sentido en prácticas. (Llobet, 2015, p. 227)

De nuevo entraron a la escuela, y Laura fortificó sus lazos de amistad con sus amigos. Conoció a otra profesora, un poco más áspera que la anterior, su discurso se sustentaba sobre la intimidación, y el grito era su mejor arma. Por esos días su papá enfermó y tuvieron que llamar a otra persona para que se hiciera cargo de las labores de la finca; él duró casi un mes en cama, mientras su mamá supervisaba al nuevo trabajador. Después de eso, su papá no volvió a hacer el mismo fortachón que era. El año transcurría y volvieron las gruesas voces, y las toses estertóreas de hombres toscos y vulgares. Pero esta vez habían muchos más jóvenes que antes. Con ellos también llegaron los ritmos bailables y discotequeros. Asimismo, uno de los recolectores traía una guitarra y la tocaban al atardecer. Sus acordes lastimeros y sus letras rabiosas hablaban de desamores y de mujeres infieles, de la mujer como un objeto al que hay que destruir si no se comporta como el hombre -varón, masculino, macho- desea; música que justificaba la misoginia y la violencia de género, lo que traía como consecuencia, ineluctable, las agresiones físicas o psicológicas; a este respecto, Llobet (2015) asegura que la violencia de género se justifica en imaginarios en los que se estigmatiza a la mujer si esta no se adecúa a las normas imperantes, impuestas por miradas heteropatriarcales en la que se soslaya al sujeto femenino:

Ahora bien, la figura del varón joven de sectores populares invisibiliza aún otra figura cuya muerte no requiere duelo ni victimario: la joven mujer de vida sexual amoral. Melina Romero, de 17 años, fue vista por última vez en la madrugada del domingo 24 de agosto de 2014 tras salir de la discoteca Chankanab, del partido de San Martín, junto a un grupo de jóvenes. Bajo la sospecha de haber sido asesinada por negarse a participar de una fiesta sexual con tres hombres, su cuerpo fue hallado días después envuelto en bolsas de basura en una zona cercana al CEAMSE, a la vera del río Reconquista. Para entonces, sus fotos en redes sociales ya habían inundado los medios de comunicación, que habían construido a una joven sexualmente promiscua que había abandonado los estudios para dedicarse a una vida licenciosa. Los típicos estigmas de la violencia de género, que transforma a la víctima en responsable por su propio sufrimiento, en tanto no se adecuaba a los cánones morales, se reúnen con los propios de la época: las y los jóvenes excedentes que no sólo no contribuyen socialmente sino que, con su comportamiento, se transforman en peligrosos. (p. 226)

En este orden de ideas, la niñez de Laura trascurría dentro de un ambiente que se ajustaba a los parámetros de su contexto social, cultural, económico y político. La escuela y la familia, como instituciones sociales, se encargaban de transmitirle el sistema de valores imperantes. Ya a sus ocho años ella ya tenía muchos amigos, todos de la escuela, y todos, por supuesto, vivían en su vereda. Sin embargo, su mejor amiga era la niña que conociera en el primer grado. Andrea. Con ella pasaba casi todo el tiempo, pues la dejaban quedarse en su finca para hacer las tareas; luego de realizarlas, jugaban hasta la tarde y así se les iban los días. En la finca de Andrea, tenían un espejo enorme pegado en la pared. En este se paraban las dos a hacer muecas y a desfilar, e imaginaban sus cuerpos grandes, crecidos y voluptuosos. Era un paraíso idílico. Espejo que se puede asemejar a la completud que proyecta Lacan (como es citado en Butler, 2002) en el que se exterioriza un *yo* ideal:

...esta totalidad idealizada que ve el niño es una imagen de espejo. Podría decirse que esa imagen le confiere idealidad e integridad al cuerpo, pero tal vez sea más exacto decir que lo que se genera a través de esta proyección de idealidad e integridades el sentido mismo del cuerpo. En realidad, este reflejo transforma, a través de este evento especular, un sentido experimentado de disgregación y pérdida de control en un ideal de integridad y control ("*la puissrince*"), Brevemente, sostendremos que esta idealización del cuerpo articulada en "El estadio del espejo" vuelve a aparecer inadvertidamente en el contexto del análisis que ofrece Lacan del falo, entendido como la idealización y la simbolización de la anatomía. Llegados a este punto, tal vez baste con señalar que la *imago* del cuerpo se adquiere en virtud de cierta pérdida; la dependencia y la impotencia libidinal llegan a superarse fantasmáticamente mediante la instalación de una frontera y, por lo tanto, de un centro hipostatizado que produce un yo corporal idealizado; esa integridad y unidad se alcanzan mediante el ordenamiento de una movilidad variable o una sexualidad disgregada, no limitada aún por las fronteras de la individuación: "el objeto humano [*l'objet humain*] siempre se constituye a través de la intermediación de una primera pérdida... [marcas en texto fuente] (p. 120)

Ya tenía diez años, y llegaron los hombres, con sus cigarrillos pegados a la boca y las palabras fuertes, a recoger el café. Esa temporada de recolección Laura jamás la olvidará; pues fue esa cosecha la que trajo consigo a un monstruo, de esos que ella creía que vivían dentro del cafetal, pero este era un monstruo de carne y hueso. Con sus diez años ya empezaba a aflorar la mujer que sería, y ella se sentía orgullosa de sus primeros asomos de feminidad. Una tarde, mientras escuchaba, a unos metros, el canto desesperado, desesperanzado y desgarrador del hombre con la guitarra entre sus manos por encontrar a su amada, y vengarse de la afrenta matándolos a los dos: mujer y amante, porque ella era una bandida, una cualquiera, una perdida, una pérvida, una lúbrica, una felona, una vagamunda, una mujer del lupanar, meretriz que solo

merece el desprecio, estos y muchos más adjetivos saturaban sus canciones que hablaban, las más de las veces, de lo mismo.

Sentada ahí, no se percató de que uno de esos hombres estaba junto a ella con una cara guasona, que no le impedía sostener su cigarrillo entre los labios. Le preguntó su nombre y le dijo que estaba muy bonita. Hasta ahora quienes le decían eso eran sus papás, sus familiares y las profes de la escuela, pero nunca un hombre... Un hombre creía que ella era bonita... un hombre le estaba coqueteando; tanto que lo deseaba, y no sabía cómo actuar. Ella estaba tan imbuida por las palabras de aquel hombre recio, que no le importó, en lo más mínimo, su olor a cafetal y a cigarrillo. ¡Estás muy bonita! ¿Y qué edad tienes? ¡Tan grande! ¡Pero si ya eres toda una mujer! ¿Cómo te llamas? ¡Qué nombre tan bonito! ¿Y tienes novio? ¡No te creo! ¡Una niña tan bonita y sin novio! ¡Eres una princesa! ¿Y estás estudiando? ¡Debes ser la niña más inteligente de tu salón! ¡Contigo estoy seguro de que los ángeles sí existen!

Y sus palabras dulzonas enmascaraban la acidez de su boca, y en sus ojos no se veía el averno que bullía dentro de él. En ese sentido, a Laura esas palabras almizcladas se le iban calando entre sus entrañas, la hacían sonrojar, mirar de soslayo, erizar la piel, sentía punzadas casi eléctricas por todo su cuerpo; sus palabras se fueron convirtiendo en un sueño hecho realidad. Esa tarde se fue, pero quedó todo el esplendor de sus palabras, y el orco agazapado que ella no alcanzaba a avizorar.

Esa noche se sintió más mujer que nunca, más que su tía, más que cualquier mujer en el mundo. Soñó que era una princesa y que salía en la televisión conduciendo un lujoso carro,

vestida con lujosa ropa, maquillada a la perfección, con todos los hombres a sus pies, y todos diciéndole las palabras que en la tarde el trabajador le dijera de forma profusa. Al día siguiente lo encontró de nuevo, pero esta vez él le dio un bombón y le preguntó que si podían hablar en el patio trasero, que le daba miedo que lo escucharan y se pusieran bravos con él. Ella, sin dudarlo, aceptó. Estaban solos, al borde del cafetal. Él le tomó su mano y se la besó, ella lo dejaba hacer, pero ya tenía miedo, era un miedo extraño, que la conminaba a irse de allí; sin embargo, aquel hombre la estaba apretado y la empezó a desplazar hacia el interior de las matas de café. La asió de la cintura y la levantó por los aires, ella cerró los ojos y no fue capaz de gritar, el miedo la tenía absorta. Fue un instante. Lo efímero de la perennidad. Un instante para entender que estaba tirada en la hojarasca pútrida. Empero, no alcanzó a quejarse, porque un dolor insospechado, hasta ese momento, le rompía las vísceras. Sentía todo el peso de aquel hombre jadeando encima de ella, y en movimientos convulsos sentía que la vida se le iba.

No sabe cuánto tiempo fue. Pero entonces entendió que su mamá tenía razón: el cafetal es muy peligroso para una niña. Además, al fin vio a un monstruo de cerca. Antes de irse, él le dijo que si le contaba a alguien de *eso*, los mataba a los tres: a sus papás y a ella. Salió como pudo y se encontró sola ante el mundo; fue al lavadero y como un asco y dolor se limpió toda, se cambió de ropa y se fue a dormir sin comer, nadie preguntó nada, nadie se enteró de eso. Una violencia que no tiene verdugo, pero sí víctima. Laura murió en un intento desesperado por vivir. Fue la víctima de un lobo; no obstante en una sociedad que tiende de revictimizar a la mujer, por cuanto el constructo social entiende al hombre y sus ímpetus libidinosos como parte de su naturaleza, y más aún si es la mujer la que los provoca: su forma de vestir, de relacionarse con el sujeto masculino, de usar el lenguaje, de crear simbolismos a su alrededor, de ser dentro de la sociedad

etc.: “Los mecanismos de esa inculpación son variados: la mujer violada fue quien provocó, o se vestía como una «loca»...” [comillas en texto fuente] (Waiselfisz, 2014, como es citado en Rangel, y Alves, 2015, p. 199)

Lo anterior tiene precedentes dentro de Colombia, que son inverosímiles, indignantes y kafkianos en grado sumo:

“Culpa exclusiva de la víctima”, dice el intertítulo con el que comienzan los 15 renglones en los que la Secretaría, luego de argumentar cómo la línea 123 cumplió con su deber esa madrugada, justificó por qué Rosa Elvira Cely era la causante de su propio mal: “Todos sabían que (Javier Velasco y Mauricio Ariza, este último exculpado en el proceso) tenían comportamientos raros y los tildaban de malosos. No obstante lo anterior, Rosa Elvira Cely salió a departir con ellos, se tomaron unos tragos”. El segundo reproche a Rosa Elvira fue su “decisión” de irse con Velasco al Parque Nacional. Mauricio Ariza, quien validaba el bachillerato con ella y con Velasco, le contó a la Fiscalía que Velasco se ofreció a llevar a Rosa Elvira a su casa y que por eso ella se fue en su moto. Como está detallado en el expediente desde hace cuatro años, Velasco se desvió, la llevó al parque, la golpeó con el casco de su moto en la cabeza, la dejó casi inconsciente, la violó, la apuñaló y, en un gesto máximo de inclemencia, le introdujo ramas por el ano y la vagina hasta destruir sus intestinos y órganos pélvicos. (...) Pero, según la Secretaría de Gobierno, Rosa Elvira eligió arriesgarse yendo a ese sitio “desolado e intransitado en las noches”. “Si Rosa Elvira Cely no hubiera salido con los dos compañeros de estudio después de terminar sus clases en horas de la noche, hoy no estuviéramos lamentando su muerte”. Con esa frase la abogada Luz Stella Boada cerró sus argumentos y radicó el documento el pasado 11 de abril ante el Juzgado 37 Administrativo de Oralidad. Una frase que encierra una idea arcaica: ¡Si tan sólo Rosa Elvira hubiera sido una

mujer de casa! A Boada la delegó otra mujer, Nayive Carrasco. En manos de ambas quedó este caso... (Durán, 2016)

Con lo anterior se acentúa que la mujer, como sujeto femenino en un contexto heteropatriarcal, es vista en la dicotomía: venturosa/desventurada; fie/infiel; buena/mala; de casa/de la calle; de un solo hombre/de varios hombres, con esto último se reduce su existencia a ser poseída por un hombre.

Otro año, y todo cambió: el dueño de la finca decidió despedir a su papá, y, por ende, la familia tuvo que irse de allí. Su papá no sabía hacer más que atender ese pedazo de tierra, así que buscó, de forma infructuosa, trabajo en otra finca, así duró cerca de un mes. Fue una época difícil, porque les tocó dejar sus pertenencias donde un vecino e irse a vivir donde su tía. Sus papás estaban angustiados y desesperanzados, así que no tuvieron otra opción que marcharse hacia el casco urbano del municipio de Montenegro. Allí arrendaron una casa, en uno de los barrios marginales y vulnerables, y su mamá puso una venta de fritanga (empanadas, pasteles de carne, chorizos, arepas, etc.), mientras su papá buscaba trabajo, y lo consiguió como vigilante nocturno de un parqueadero. La vida parecía que volvía a sonreírle a su familia.

Pero el traslado al pueblo implicó, para Laura, casi una diáspora; ya que tuvo que dejar todo su mundo conocido, y reencontrarse con uno totalmente extraño; dejar atrás a sus amigos, a sus profesores, a su tía, a sus primas, en fin, lo que ella entendía como su vida. Su constructo social, cultural, económico y político mutó, para convertirse en otro que ella no conocía. Por lo que se reconfiguró su mundo conocido y su cosmovisión. Por lo tanto, su paradigma experiencial se trastocó y ella que quedó ante él sin saber qué hacer. Como se fueron de la finca a mitad de año,

ella no terminó su periodo escolar. Y ya le tocaba ayudar en la casa en los oficios que esta demandaba: lavar la loza, la ropa, barrer, trapear, tender las camas, etc., puesto que su mamá tenía el negocio de venta de comidas, y su papá llegaba muy cansado y trasnochado de sus jornadas laborales en el parqueadero.

Laura, por tal razón, permanecía todo el día dentro de su casa, no tenía amigos, y sus primas iban muy esporádicamente; el negocio de su mamá daba buenos resultados, por lo que abría desde muy temprano hasta las diez u once de la noche, entre semana, y los fines de semana hasta la una o dos de la madrugada. Su papá dormía buena parte del día, así que ese año la pasó, la mayor parte del tiempo, sola. En el pueblo se encontró con hombres y mujeres sin rostros, que pasaban por la acera de su casa de prisa, como si fueran a la última cita de sus vidas. Por la puerta de su casa, y la reja de la ventana del cuarto de sus papás, que daba a la calle, también vio la cara más triste de la miseria en los ojos apagados de ancianos y ancianas que pasaban por su casa pidiendo algo para llevarse a la boca. Entendió que los niños que mantenían en la calle todo el día, eran gamines, y que ella no se podía, en palabras de su papá, juntar con ellos porque la dañaban:

La alternativa de migrar hacia las ciudades puede resolver el caso de algunas familias que encuentran trabajo y mejorar su calidad de vida, pero en el ambiente urbano el destino de la mayoría es la pobreza representada por la mendicidad, la prostitución, el racismo y todas las formas de la precariedad. (Rangel, y Alves, 2015, p. 211)

Su mamá cada vez más atareada decidió pedirle ayuda, de nuevo, a la tía Leonor. Ella gustosa acudió al llamado, pero era muy difícil, porque el desplazamiento desde la finca hasta el



pueblo implicaba costos altos, y además estaba el detalle de las niñas que a las 12 del mediodía salían de la escuela, y las recogía una vecina para llevarlas a su casa hasta la noche que llegaba ella. Con todo, a los quince días de estar en sus labores, pusieron en arriendo una casa muy cerca de donde Laura, y Ana conminó a su hermana para que se viniera para el pueblo a vivir, que podrían entrar a las niñas al mismo colegio donde estaba Laura, y se asociaría con ella en la venta de fritanga. Con esto, empezaría una relación que las unió aún más, y que hasta ahora no ha terminado: “La sazón de la casa”

Así pasaban los meses, y las tres -Laura y sus primas- se iban adentrando con paso firme al mundo adolescente; eran tres niñas de 11, 12 y 13 años que bullían por ser parte del mundo. Se iban juntas y volvían juntas del colegio: “¡no se separen!-” Les decían sus mamás, “-miren que en la calle hay muchos peligros para niñas como ustedes-” De suerte, que el cafetal ya no era el espacio en el que habitaban los monstruos, era la calle, aquella abstracción que cobraba sentido solo en la medida en que era descrito por su mamá como el lugar donde convergían todos los males del mundo. Su papá, en los pocos momentos que hablaba con ella, se los enumeraba: ladrones de niños, drogadictos, desechables, putas, los carros que no respetan a nadie, atracadores, y un gran etcétera afluía en la boca de su papá; en esta medida, Nateras (2015) expone que la calle es un escenario de exclusión para los jóvenes:

Estos climas de violencias y de intolerancias a la simple condición de ser joven, a la negación de las diferencias culturales del *otro*, a lo heterogéneo al imaginario hegemónico del ser jóvenes, se va trasladando o desplazando del espacio público de la calle, hacia otros sitios o lugares sociales, por ejemplo, los recintos educativos, en forma de tensión y de conflicto, con otras tesituras y tonos, escenificados por el autoritarismo y la falta de comprensión de los mundos adultos con respecto a

las acciones sociales y expresiones culturales de la mayoría de sus alumnos estudiantes. [cursivas en texto fuente] (p. 116)

La calle, por lo mismo era un escenario de peligro. Entraron al colegio las tres niñas, pero cada una de ellas estaba en cursos diferentes, con lo que solo coincidían en el periodo de descanso. Camila, la mayor, tenía amigas de su mismo grado, y Valentina y Laura quedaba excluidas por sus edad y grado escolar inferior, así que de a poco se fueron alejando durante el tiempo que pasaban en el colegio, y solo se veían para llegar o salir de la casa. Su distancia se fue ampliando un poco más cuando Camila consiguió novio, pues él la recogía y la llevaba a la casa. Él, de veinticinco años, tenía en motocicleta, y eso le daba una imagen de rebeldía. Camila pasaba una gran porción de tiempo con él, y se empezó a vestir con ropa bonita que él le compraba, a usar accesorios (aretes, pulseras, relojes...), y lo mejor, siempre tenía con qué comprarles a Laura y a su hermana menor dulces o gaseosas. No obstante, como el estilo de moda de Camila cambió, también cambió su actitud frente a las otras personas, ya no permanencia mucho tiempo en la casa, no quería compartir tiempo con su familia; pasados un par de meses, llamaron a la tía Leonor del colegio, y le preguntaron la razón de no mandar a Camila durante una semana completa a clases.

Fue ahí que Camila decidió salirse del colegio, porque, según ella, estudiar no servía para nada. Para ese momento Camila se erigía, para Laura, en la persona que encaraba la rebeldía y la osadía de enfrentar el mundo. Tenían casi la misma edad, aunque Laura la veía como una mujer completa. Los meses trascurrían y Camila decidió irse de la casa a pagar arriendo en un apartamento, y le ayudaba a su mamá con lo que necesitara. Laura, cada vez que le preguntaba

en qué trabajaba, ella solo respondía que ayudaba a una señora en su casa. Nadie ponía en duda su versión.

Para llegar al colegio, Laura y Valentina, debían cruzar la avenida más grande en Montenegro. Una tarde, Laura se encontró con Juan Carlos, el muchacho escuálido que le ayudaba a su papá en la finca. Estaba parado gritándole a los carros mientras enarbolaba unos papeles, con su bicicleta junto a él. Laura se quedó un minuto parada en posición contemplativa de ese espectáculo, mientras pensaba que de ese muchacho de años atrás solo quedaba el cuerpo escuálido, pues de su timidez ya no había rastro. Juan Carlos se acercó a ella y la miró, como reconociéndola. Luego de un saludo somero ella le preguntó qué hacía con esos papeles, y él le explicó, de forma tosca, que enredaba a los turistas. Al día siguiente de nuevo estaba él ahí blandiendo los volantes, y junto a él estaba el novio de Camila. Algo le dijo este a Juan Carlos, y los dos rieron estrepitosamente mientras la miraban cruzar. Laura se incomodó, pero sin razón aparente.

*La sazón de la casa*, el negocio de su mamá y de su tía, caminaba a paso firme; en tanto su papá se quejaba más y más de trabajar de noche y que la plata no le alcanzara para nada. Las peleas entre sus papás, antes en la finca, eran ocasionadas porque él se quedaba tomando alcohol en el pueblo. No obstante, ahora las peleas habían cambiado de tenor, y estaban dentro del marco económico. Pues Jairo, un hombre rústico y recio, formado en principios en los que la virilidad y la hombría se miden por cuestiones como la capacidad de proveer, veía menoscaba, entonces, su visión masculina y masculinizante. Ana, por su parte, estaba haciendo las mismas labores que

realizara en la finca, salvo que en su negocio ella recibía retribución monetaria, y, en consecuencia, era ella la que llevaba casi toda la carga en el hogar.

Al frente del negocio hicieron un local nuevo para arrendar, y ellas, sin pensarlo, lo tomaron. Ahí montarían el restaurante: *La sazón de la casa. Recargado*. Con estos dos locales, su mamá y la tía Leonor solventaban los gatos de las casas. Un día, sin más, su papá no llegó a dormir en la mañana. Ana, la tía Leonor y Laura se fueron para el parqueadero a preguntar por él. Como única respuesta que recibieron fue que don Jairo había renunciado en la tarde anterior. Sin pistas y despedradas, fueron a la policía, y allí les dijeron que debían interponer la denuncia pasadas 48 horas de la desaparición. Fueron al hospital, y de allí les dijeron que fueran a Armenia, la capital del Quindío, que allí estaba la morgue. Ese era el último sitio en el que querían revisar, pero fueron y no estaba. Descansaron. La búsqueda continuó por quince días más, pero no había noticias sobre su paradero. La angustia no cesaba, pero la vida seguía su trasegar en la banda de Moebius.

La desaparición de su papá le estrelló a Laura en la cara, y la puso ante una pared insalvable. Los días pasaban y ella bajó el rendimiento académico, no quería ir al colegio. Una tarde, iba para su casa, y se encontró de frente con Juan Carlos. Hablaron de la finca y de lo bien que la pasaban en ese lugar; hablaron del trabajo que él hacía y de lo bien que lo pasaban, y hablaron, también, del trabajo que él ofrecía, pero que estaba oculto a los ojos de muchos. Pues él ofrecía dos tipos de servicios a los turistas. Uno en el que se incluían planes con alojamientos en casas campestres, en hoteles de la región o en cabañas, junto con paquetes para visitar los atractivos turísticos, como los parques temáticos y las bellezas naturales del Quindío. Y otro, en el que se

promocionaban otros tipos de servicios, unos a los que no todos tenían acceso, y no a todos, por supuesto, se les ofrecían. En este se encuadra, por supuesto, en trabajos ilegales, como la prostitución infantil, la trata de personas, la comercialización de sustancias psicoactivas, entre otras:

La explotación sexual: es la modalidad de explotación más extendida y denunciada en el fenómeno de la trata de personas. Comprende la explotación de la prostitución ajena, la explotación sexual comercial asociada a viajes y turismo, la pornografía y otras actividades sexuales en las cuales obligan a las personas a realizar estas actividades sexuales a cambio de dinero o cualquier otra forma de retribución. Las personas que se encuentran siendo explotadas bajo esta modalidad no pueden decidir sobre las condiciones de alojamiento, descanso o de comunicación con familiares y amigos-as. (Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito -UNODC-, 2015, p. 22)

En estos paquetes turísticos habían otras diversiones, otras propuestas y, como era de esperar, otros precios. Laura no entendía muy bien a qué se refería él cuando le decía que se ofrecían otras diversiones, y que ella podría trabajar con él.

A Laura ese: “usted puede trabajar”, le quedó revoloteado como una mariposa centelleante alrededor. No le incomodaba la idea de tener plata para comprarse lo que ella quisiera, sin tener que pedirselo a su mamá. No le molestaba la idea de invitar a sus amigas en el descanso de clases a tomar gaseosa y a comer dulces. Sin embargo, un par de certidumbres la embargaban: nunca había trabajado, y su mamá tal vez no la dejaría. Por tanto, la idea se le volvió una utopía y, con el pasar de los días, nebulosa. Entre tanto, Camila se había comprado una moto, y parecía que le

iba muy bien en su trabajo. Una noche llegó con regalos para todas. A la tía Leonor le entregó una cadena de oro, a Valentina le regaló el celular que usaba, porque había comprado uno nuevo de última generación. A Ana le dio una loción, y a Laura, le trajo un bolso. Todo estaba muy bonito; no obstante, lo que más impactó a todas fue el piercing que lucía en su ombligo Camila, orgullosa y desafiante, y el color de su pelo, un rojo encendido; rojo furia, pensó Laura; rojo pasión, explicó Camila. Esto en una clara emancipación del poder que representaba su mamá y su casa familiar. Emancipación que viene precedida de una liberación de la sexualidad como dimensión biopolítica. (Foucault, 2007)

Con la visita de Camila cobraba más ímpetus los deseos de trabajar en Laura. Una tarde de regreso a su casa se encontró, tirado en la calle, un billete de \$50000. Estaba muy emocionada, y no sabía qué hacer con tanto dinero. Por lo mismo, lo guardó en la cartuchera de los colores. Ella que le contaba casi todo a su mamá, esta vez prefirió guardarse ese secreto mientras decidía qué comprarse. Ya eran dos secretos. En la mañana le pidió permiso a su mamá para ir a donde una amiga a hacer una tarea. En el camino descubrió un sitio donde ponían piercing. Sin miedo, pero sí con la certeza del debacle que se le venía encima, salió del lugar luciendo un brillante accesorio con forma de flor en el ombligo. Con este gesto, Laura simbolizaba la reconquista de su cuerpo, la urgencia por decretar su libertad, a la que Butler (2002) llama la colonización del cuerpo.

Laura, terminó el trabajo con su compañera, y de regreso de nuevo a su casa, con la bandera ineluctable de su triunfo social. Sin embargo, ese era un triunfo que no podría gritarle a todos; de esta forma, entró. Se escondió en su cuarto. Se puso el uniforme. Se dejó la blusa por afuera de la

falda. Se puso el saco. Salió de la casa. No pasó nada. En el colegio no se aguantó las ganas de mostrar su conquista, en el descanso se los enseñó a sus amigas encerradas en el baño. Ellas no lo podían creer, ¡Laura con un piercing! Otra vez suena el timbre de salida, y otra vez los periplos para no ser vista por su mamá. A Ana, en realidad, sus dos negocios le absorbían todo el tiempo. Sus ocupaciones empezaban muy temprano en la mañana, y terminaban muy tarde en la noche; de suerte, que tanto Laura, como su prima Valentina, permanecían mucho tiempo solas en la casa. Como era de espera, la casa estaba sola, pero ella tenía que ir al restaurante a comer; de tal forma, que se cambió el uniforme y se puso un saco. Su mamá no se dio cuenta.

En su cuarto había un mueble con un espejo enorme. Esa noche, con el piercing puesto, se desnudó frente a él y se observó largamente. Le gustaba cómo fulguraba esa flor en su ombligo. Reconocía el cuerpo como suyo, pero solo hasta ese momento estaba consciente de los cambios que se estaban dando dentro de él:

El cuerpo, en nuestros días, se ha convertido en un campo de batalla. Es el espacio donde se libra esta lucha simbólica por el sometimiento y la resistencia, una lucha constante e interminable en el cuerpo y por el cuerpo. Y, sin embargo, el cuerpo modificado resiste no importa qué se le haga. Aun cuando las técnicas de control de lo corporal puedan alcanzar resultados sorprendentes, nuestro cuerpo sigue siendo inesperado; ninguna racionalización operacional puede tener una influencia total sobre él ya que, en el seno mismo de la reproducción de la corporalidad, existe la creación. (Piña, 2004)

Sus senos estaban duros, le gustaba la sensación de mujer que tenía al tocarlos, al mirarlos. El bombillo desparramaba una luz opaca, mortecina, en el cuarto. Sus largas piernas recordaban

las huellas de los juegos y las caídas. Volteó un poco para mirarse sus glúteos, le gustó lo que vio; aunque pensó que si tuviera cómo, se pondría silicona, para quedar como las muñecas con las que aún jugaba. Se miró el abdomen de nuevo, sentía un orgullo inefable por su victoria. No paraba de mirarlo. Sus ojos bajaron un poco, y como una centella cruzó raudo el recuerdo del monstruo que emergió del cafetal. Sintió un dolor que le hizo tocarse la vagina para comprobar que todo estaba bien. No pudo seguir y quería olvidar todo, incluso el piercing.

Pasaron 15 días, y Laura ya veía como un triunfo el tiempo transcurrido con su ombligo perforado. Por tanto, el tiempo trajo consigo la costumbre, y una mañana que sintió un dolor en la espalda llamó a su mamá para que la mirara. Tuvieron una discusión fuerte, y se lo hizo quitar. Pero eso solo fue una batalla perdida; ya que consiguió el dinero suficiente con una amiga para comprarse otro. Así, que en el colegio era la rebelde, y en la casa la sumisa. Hacía todo lo posible por no dejarse ver, hasta que su mamá una noche entró a su cuarto y le dio un ultimátum: o se quitaba esa porquería del ombligo, o se iba de la casa; porque, en palabras de Ana, una niña de casa no puede estar poniéndose esas cosas, van a hablar mal de ella, y le dará pie a los hombres para que le hagan lo que quieran; porque las mujeres se buscan lo que los hombres les hacen, y si no, entonces para qué se ponen minifaldas sino es para llamar la atención de los hombres; mire a Camila, que va por ahí de brincona, quiera dios que no le pase nada. Laura no tuvo respuesta a esa y otras tantas cuestiones que le planteaba su mamá con el rostro desfigurado por la rabia y la frustración. En definitiva, sentenció -amenazó- su mamá, ese piercing se va o ya vería.

Solo que Laura no iba a ceder tan fácil, y le vendería cara la derrota a Ana. De nuevo acudió a sus amigas para conseguir el dinero prestado para comprarse otra joya; empero, ninguna tenía.



Fue ahí que recordó a Juan Carlos y su propuesta de trabajo. Habló con él. El trabajo era sencillo, solo era acompañar a los hombres a una habitación y hacer lo que ellos le pidieran, le pagarían muy bien, y lo mejor: ¡nadie tenía por qué enterarse! Es de apuntar, que la legislación colombiana, ha hecho esfuerzos por prevenir y penalizar estas prácticas que destruyen al sujeto infantil y juvenil, en lo que se puede decir que es una muerte del niño o del joven que es explotado sexualmente; estos esfuerzos se materializan con dos leyes: la Ley 679 de agosto 3 del 2001 y en la Ley 1336 de julio 21 del 2009.

De forma inopinada, Laura aceptó, pero con una condición: que le prestara la plata para el piercing. Le regaló \$100000. Laura no podía creerlo. Quedaron en una cita a las tres de la tarde, del día siguiente, para tomar las fotos que se incluirían dentro del catálogo. El encuentro sería en el sitio donde él trabajaba, y luego se irían para una finca a las afueras del pueblo. Juan Carlos la recogió puntual en su moto.

Era un sitio agradable, allí la esperaban dos hombres que se presentaron como Julio y Samuel, ellos serían los encargados, en primer lugar, de hacer las fotos, y también de llevar todo lo relacionado con el negocio en el que ella trabajaría. Laura estaba asustada, pues Juan Carlos no le había dado mayores detalles de lo que iba a hacer. La entraron a una habitación minimalista: una cama doble, un nochero, un espejo en la pared, y otro en el techo, un mueble y una silla. Lo primero que escuchó fue: -¡quítese la ropa!- Una orden directa que ella acató sin tener claro el porqué. Luego siguieron otras órdenes mientras el flash refulgía con su destello efímero que inmortaliza a quien toca: ¡súbase a la cama! ¡Siéntese en la silla de espaldas! ¡Mire a la cámara! ¡Mire al espejo! ¡Mire al techo! ¡Póngase de pie en la pared! ¡Tóquese las tetas!

¡Mueva el culo! ¡Mamita muévase que no tenemos todo el día! ¡Mire con cara ganosa!

¡Muérdase un labio con los dientes! ¡Métase el dedo en la boca y chúpelo!

Luego le explicaron que los contratos tendrían una repartición del 60% para la casa, y un 40% para ella, para empezar que ya después, si les iba bien cuadraban mejor. Esto obedecía, según ellos, por cuestiones de logística. Podría atender, para principiar, a tres o cuatro clientes en la semana, lo que representarían unos \$100000 o \$150000, ella no lo podía creer. ¡Tanta plata semanal! entonces le explicaron todo lo que había que hacer con los clientes, y que debía estar disponible las 24 horas del día. Eso la preocupó en demasía, pues tendría que salir de su casa a hurtadillas. Pero ellos la tranquilizaron, ya que con un cliente no se demoraría más de media hora; claro que si el cliente decidía quedarse toda una tarde o más, que ya era cuestión de él, y de cuadrar precios.

En el cuarto, con ellos dos, le iban explicando todo, cómo comportarse con el cliente, qué hacer y qué no; si tenía alguna “contingencia” (golpes, no querer pagar, hacer algo que no estuviera pactado, en fin, cualquier factor que alterara la *mercancía*) a quién debía llamar; ya que ellos la protegerían de ahora en adelante. Sentada en la cama, desnuda, en medio de ellos dos, era una ninfa en medio de Carontes. Julio, quien hablaba más, lo que lo hacía el jefe, le puso la mano sobre la pierna y le dijo que él tenía que comprobar la *mercancía*. La certeza de estar ante otros monstruos la dejó en el borde del abismo. Parada ante un mundo que ya había ojeado en el cafetal; recordó que su mamá tenía razón: el cafetal es muy peligroso para una niña. Pero ya no era el cafetal la guarida de los monstruos, sino que todo el mundo estaba lleno de ellos. No había escapatoria. Era sucumbir. Sintió las manos frías y pesadas de ellos dos en su cuerpo,

recorriéndola, estrujándola, rompiéndola, quebrándola. Las lenguas ásperas la recorrieron centímetro a centímetro y sus carcajadas estridentes le martillaban sus oídos, y de a uno tuvieron su turno, mientras Laura pensaba en lo feliz que era en la finca. De nuevo murió... juvenicidio, este concepto es entendido por Valenzuela (2015) de la siguiente forma:

El juvenicidio posee varios elementos constitutivos que incluyen precarización, pobreza, desigualdad, estigmatización y estereotipamiento de conductas juveniles (de manera especial de algunos grupos y sectores), la banalización del mal, que alude al desdibujamiento de los referentes dicotómicos entre el bien y el mal, lo que permite a los asesinos matar sin mayores cargas emocionales (...) la estratificación social basada en relaciones de subalternización, donde el orden dominante ha ampliado las condiciones de precariedad, vulnerabilidad e indefensión de los grupos subalterizados a partir de ordenamientos clasistas, racistas, sexistas, homofóbicos (...) ha funcionado como estrategia que limita los espacios sociales de libertad. El juvenicidio inicia con la precarización de la vida de las y los jóvenes, la ampliación de su vulnerabilidad económica y social, el aumento de su indefensión ciudadana y la disminución de opciones disponibles para que puedan desarrollar proyectos viables de vida. Motivados por la necesidad de construir una plataforma reflexiva que acompañe la justa indignación que recorre diversos escenarios latinoamericanos caracterizados por el artero asesinato de personas que poseen identidades desacreditadas que les vuelven vulnerables frente a las fuerzas del Estado y frente a grupos paramilitares o del llamado crimen organizado... (p. 12)

Entonces, de acuerdo con Valenzuela (2015), Laura murió tirada en esa cama, mientras que ellos dos -monstruos- se balanceaban por turnos en su cuerpo, como escenario de placer exógeno, no endógeno. El espejío dispuesto en el techo, le proyectaba una imagen extraña, desierta, informe, deforme, mutada; como si ella fuera una espectadora más de una escena

montada en una de las telenovelas rosas que hacían llorar a su mamá; escenas en las que ella le ponía las manos sobre sus ojos y no la dejaba ver: “mija usted está muy chiquita para ver eso”, le decía mientras ella intentaba adivinar lo que estaban haciendo en el televisor. De suerte, que esta vez nadie le iba a tapar la cara, nadie le iba a cerrar los ojos, nadie le iba a impedir mirar lo que estaba pasando, porque ya no era chiquita. Ya era grande: ¡toda una mujer!, como las de las telenovelas que ella miraba, acurrucada, calladita junto a su mamá.

Su discurso mutó de tal forma que ya era otra, ya no le podían tapar los ojos, no decirle que no mirara, ya no será más coaccionada por otro que no la deja ver un mundo lleno de concupiscencia, donde es ella, y no otra, la que se arroga el derecho a reclamar y a reclamarse como parte de ello:

Un discurso obligado y atento debe, pues, seguir en todos sus desvíos la línea de unión del cuerpo y el alma: bajo la superficie de los pecados, saca a la luz la nervadura ininterrumpida de la carne. Bajo el manto de un lenguaje depurado de manera que el sexo ya no pueda ser nombrado directamente, ese mismo sexo es tomado a su cargo (y acosado) por un discurso que pretende no dejarle ni oscuridad ni quizá entonces cuando se impone por primera vez, en la forma de una coacción general, esa conminación tan propia del occidente moderno. (Foucault, 2007, p. 28)

Antes de salir le dieron \$300000, con la directriz explícita de comprar ropa, de comprar maquillaje, que se hiciera otro corte de pelo, que se depilara todo el cuerpo y que se pusiera a planificar.

Lo que ella no sabía, era que ya les pertenecía en cuerpo y alma a ellos dos. En busca de autonomía había caído en las garras del lobo feroz. ¡Heteronomía! Juan Carlos la llevó hasta el

parque, y le dio \$20000, antes de irse la atrajo hacia él y le dio un beso con una frase lapidaria: ¡si te portás bien con ellos, también te portás bien conmigo! Pero no le importó, si tenía que portarse bien con el que fuera, con tal de tener lo que siempre había querido, pues se portaría bien con todo el mundo. Llegó a su casa y sacó el fajo de billetes, no podía creer que ella fuera la dueña de tanto dinero. Nunca había visto tanta plata junta. Se acostó en la cama y con los billetes jugaba a tirarlos, y la bañaban en una especie de manantial mefistofélico.

Pero la inquietaba cómo justificar el dinero ante su mamá y su tía. Vio la solución perfecta. Esa noche fue al restaurante y les mostró todo el dinero y les dijo que se lo había encontrado, tirado, en la entrada del colegio. Como era de esperar, creyeron. Al día siguiente se compró unos tacones que llegaban hasta el cielo, un par de blusas con un escote tan profundo que iba a hacer perder a los hombre entre sus serpenteadas honduras inhóspitas, y dos minifaldas que insinuaban el pandemónium idílico en el que hombres y mujeres, por igual, se pierden para siempre. Además compró otras dos joyas para su ombligo: un corazón flechado y una cruz. Lo que no sabía cómo hacer era lo de planificar. Es más, no sabía exactamente a qué se referían con eso. Así que no vio otra salida más que preguntarle a su prima Camila. Ella la mandó a una farmacia a que comprara una inyección.

Laura no recordaba estar en una situación parecida. Afuera de la droguería pensaba en cómo iba a pedir esa inyección, y luego quién se la iba a poner. Ahí afuera, sentía todo el peso de su edad: ¡una niña comprando una inyección para no tener hijos! No obstante, debía hacerlo, era una condición obligada de su nuevo trabajo. Se le ocurrió una idea: no comprarla en el pueblo, pues la podrían reconocer, por lo que decidió trasladarse a Armenia. Entró a una droguería

escondida, pidió el producto, y el vendedor le preguntó, de la forma más natural, que si se la aplicaba de una vez; pero antes debía saber la fecha de la última menstruación. Volvió a Montenegro con la sensación de ser adulta. De suerte, que ya no se veía como una niña, así que el primer cambio que hizo fue botar sus muñecas.

En la tarde de ese día, en el colegio, le sonó el celular, era Juan Carlos. La citó en su apartamento. El apartamento era en realidad una pieza grande en la que tenía todo: una cama, un armario, una mesa, con un televisor encima, un mesón con una estufa, ollas, platos, vasos, cucharas..., en un rincón un lazo sostenía ropa húmeda. La invitó a pasar, y le ofreció gaseosa. Ella sabía que estaba ahí como condición *Sine qua non* para continuar. Ahí no había espejo, nada le proyectaría su imagen. Juan Carlos era el mismo muchacho escuálido de otrora, pero con un brillo distinto en sus ojos. Él habló de lo mucho que le habría gustado estudiar, ir al colegio, poder terminar el bachillerato, haber entrado a estudiar en la universidad inglés o medicina, pero todo eso solo se iba a quedar en sueños, porque él bien sabía que no tenía cómo. Se quedó en silencio total. Luego de su confesión La desnudó. Nada más que eso. Algo lo detuvo. La hizo vestir sin más. Salió rápido de allí, desconcertada.

En su casa le gustaba desnudarse frente al espejo y mirarse su piercing, jugar con él; observar sus senos y las vellosidades que surgían pletóricas de sus rincones ignotos:

Tenemos pues un niño sumido en la descoordinación motriz, en el cuerpo fragmentado. Cuando se mira en el espejo, sin embargo, se mira con sus ojos, que resultan no estar afectados por la prematuración, y, observa Lacan, su expresión es jubilosa. Y es que se reconoce; o mejor: reconoce su imagen como tal en el espejo. Y aquí viene el punto clave de la argumentación: aquel que el niño

mira y reconoce, ese que le imita tan bien, y que tarde o temprano descubrirá que es él mismo, o su imagen, para hablar propiamente, ese no descoordina, no tiene cuerpo fragmentado, eso — es para él: su imagen se le aparece entera, dotada de una unidad que él no puede atribuir a la percepción de su propio cuerpo. De aquí se deriva el contenido del niño y toda una serie de otras consecuencias. En efecto: ese otro que le mira tras el espejo y que le cautiva, pronto aprenderá que es él, incluso se le dirá: “Mira, ese eres tú” señalándole la imagen. Imagen entera de un cuerpo que no se percibe como siendo entero, imagen que anticipa una maduración del dominio motriz que por el momento no se tiene. “Eres tú”: imagen pues de mí, imagen de mi yo, imagen del yo. La primera identificación, dice Lacan, imaginaria. (Blasco, 1992, p. 7)

Muy pocas veces se miraba su vagina, pues sentía que no le pertenecía a ella, sino a los monstruos, que si la miraba, podría verlos a ellos. A él en el cafetal, jadeante, destructivo, como una *Little Boy* sobre su Hiroshima. Ahora ya conocía otros monstruos, lo que le aseguraba que vendrían muchas *Fat Man* para destruir su Nagasaki. Era consciente de que le faltaban muchos más por conocer, reconocer. Los días pasaban y no recibía la llamada, así que todo sería parte de un engaño, pero qué más da, pensaba ella, le habían dado para comprar ropa.

Esa semana pasó y llegó el sábado, eran las diez de la mañana, sonó la canción de música de despecho que tenía como tono en su celular, con un aló somnoliento respondió, al otro lado le ordenaban que se arreglara bonita, que la recogerían en una hora en la entrada del colegio. Su nerviosismo era evidente. Estaba en un choque de emociones. Ante la entrada del jardín de los senderos que se bifurcan. Por una parte, esa llamada representaba dinero. Por otra, significaba ir ante otro monstruo. Igual se levantó, se bañó y se puso la ropa nueva; solo que esta vez no se

miró al espejo. Fue a donde su mamá y le dijo que debía ir a hacer un trabajo con unos compañeros, su mamá no le vio ningún problema.

Llegó diez minutos antes de lo acordado. No había nadie. A los quince minutos llegó Julio. “Súbase rápido”, fue lo único que le dijo al momento de verla. Dentro del carro le empezó a dar indicaciones: -este señor viene de Medellín, está aquí con toda la familia, así que no lo puede boletiar; usted entra, trabaja, cobra, sale y no conoce a ningún cliente, esta advertencia va para este y todos los clientes que vengan después; este señor quiere una pelaita de su edad; la quiere sumisa, así que haga lo que el cucho le diga, ya con él se cuadró, se le cobraron 200 lucas, así que usted coge 80 y me da el resto a mí. Laura permanecía callada. ¿Sí se puso a planificar? ¿Con inyección? ¿Cuándo se la puso? No vaya a hacer nada sin condón, ni porque le ofrezca más plata, ¿entiende? ¡No le vaya a decir su nombre completo! ¡Dígale que solo se llama Laura! ¡No le vaya a dar su número de celular, ni le vaya a decir dónde vive!

Llegaron a la misma finca en la que ya había entrenado para este trabajo. La llevaron al cuarto minimalista y la dejaron sola ante aquel hombre. Un señor de unos cincuenta años, grande, obeso, calvo, con grandes gafas, bien vestido. La saludo con ansiedad y le preguntó un par de “cosas” superfluas, que Laura contestó sin mirarlo y de manera mecánica: ¿vives por aquí? ¿Estudias? ¿En qué año estás? Luego, su tono de voz adquirió más decisión cuando preguntó: ¿qué edad tienes? ¡Mmm, casi 13!, ¿o sea que aún no los cumples? Ya veo. Se sentó en la cama, y sentó a Laura en sus piernas. Le tocaba los senos con delicadeza, le tomó su cara y le dio un beso. Pasaban los minutos y ella desnuda de nuevo en esa habitación, sentía la mirada concupiscente de aquel ser extraño, aquel monstruo que ahí tomaba la forma de un señor de unos



cincuenta años. Esa masa corpórea robusta, obesa, cubierta por una mata de pelos gruesos aplastaba casi el diminuto cuerpo de Laura. No pasarían más de quince minutos, para que él se levantara, se vistiera, y sin despedirse le lanzara unos billetes en la cara, que se esparcieron por la cama y en el suelo. Salió apresurado, como si lo fueran a descubrir.

Al saberse sola echó una mirada al espejo del techo, y se vio como nunca antes lo había hecho, entendió que ya no iba a ser la misma Laura, que ya su vida cambiaría, que ese instante había partido su historia en dos. Había dejado de ser la princesa que su papá decía que era; se había convertido en una más, sería una mujer a la que le cantarían con un canto desesperado, desesperanzado y desgarrador, porque ella era una bandida, una cualquiera, una perdida, una pérfida, una lúbrica, una felona, una vagamunda, una mujer del lupanar, meretriz que solo merece el desprecio. Había dejado de ser la niña de casa que su mamá quería para convertirse en una mujer de la calle; ya se sentía señalada, juzgada, vituperada, iban a hablar mal de ella, y le daría pie a los hombres para que le hicieran lo que a ellos se les antojara; porque las mujeres se buscan lo que los hombres les hacen, y si no, entonces para qué se ponen minifaldas sino es para llamar la atención de los hombres; mire a Camila, que va a por ahí de brincona, quiera dios que no le pase nada... ¡Era otra Camila!

Con todo ese barullo en sus pensamientos, apartó la mirada del espejo, y vio los billetes esparcidos en la cama y en el suelo; así que se dispuso a recoger el producto de la transacción, los contó, tomó su parte y el resto lo dejó encima de la mesa de noche. Al instante entró Julio, le preguntó cómo le había ido, y ella asintió con la cabeza y señaló la plata dispuesta para él. La contó y la felicitó. Le aseguró que si se comportaba como lo había hecho hasta ese momento, le

llegarían más clientes. Él la dejó en la entrada del colegio. Sacó los billetes y los contó, no podía creer que se hubiese ganado todo eso por solo quince minutos, cuando en una finca eso le pagaban a los trabajadores por toda una semana de trabajo duro, fuerte y parejo. Los contó de nuevo y empezó a caminar hacia su casa, en la misma parte de siempre estaba Juan Carlos, esgrimiendo los volantes con toda clase de promociones, incluida ella como parte del paquete de diversiones turísticas.

La curiosidad. Se acercó a él y le preguntó que si podía ver el catálogo en el que estaba ella, para ver las fotos, dado que no se las habían mostrado. Juan Carlos la miró, y con reticencia aceptó. Eran doce hojas intercaladas entre fotos de hoteles, fincas y parques. Todas las fotos eran de niñas como ella, las princesas de sus papás, y las niñas de casa que sus mamás querían. Pasando, se encontró con su cuerpo desnudo en posiciones sexuales, su cara angelical contrastaba con las sugestivas imágenes. Debajo de sus fotos había una descripción escueta de ella, la que no era ella:

**Nombre: Estrellita.**

**Edad: 12.**

**Es quindiana.**

**¿Qué le gusta?: que la cojan en cuatro.**

**¿Qué no le gusta?: que la dejen con ganas.**

**Con Estrellita pa' las que sea. ¡Con toda!**

**¡Anímate a pasarla rico y a satisfacerla en todas sus fantasías!**

Se avergonzó de todo. Se avergonzó de ser ella. Se avergonzó de lo que hizo. Se avergonzó... Juan Carlos, al verla así, intentó un consuelo y le entregó otro catálogo, mire todas estas, le indicó. Eran fotos de niñas más grandes, de unos 15 o 18 años. La cuarta era Camila:

**Nombre: Ibón.**

**Edad: 15.**

**Es quindiana.**

**¿Qué le gusta?: chuparlo.**

**¿Qué no le gusta?: que se lo echen afuera.**

**Con Estrellita pa' las que sea. ¡Con toda!**

**¡Anímate a pasarla rico y a satisfacerla en todas sus fantasías!**

Laura al ver a su prima ahí, no se pudo sentir mejor, al contrario, sintió una punzada en todo el cuerpo que por poco la hace desmayar, y unas lágrimas rodaron vertiginosas por sus mejillas. Le entregó el catalogo a Juan Carlos, quien acababa de llegar de hablar con un conductor, los agarró y se despidió. En su casa, desnuda ante el espejo, su único confidente, se estremeció al saber en lo que se había convertido. Miró su cuerpo frágil y entendió que ya no sería la misma. Por primera vez se tocaba su vagina sin el miedo de despertar a los monstruos, pues sabía que ellos solo buscaban esa parte de su cuerpo y que, por lo mismo, debía cuidarla. Sintió la firmeza de su pandemonium idílico, y esto le dio valor. Ya no sería más la niña frágil. No. De ahí en adelante sería una mujer que conseguía lo que se proponía.

Ese espejo le gritaba una verdad inexorable: su vida había cambiado, y de aquellos tiempos felices quedaba muy poco. Su papá desaparecido; su mamá sumida y absorbida por su negocio; y ella... ella rodeada por miles de monstruos. Por lo que, Montenegro, Quindío, esa tierra exuberante y colorida se había quedado solo en una bella ilusión del paraíso edénico para Laura. De a poco se trasfiguraba en el tártaro que prometía engullirla a ella y a su mundo. Su espejo le dejaba claro que ese cuerpo proyectado ya no era de ella, no le pertenecía. Agarró con rabia los billetes ganados hacía un rato, y los apretó como buscando la redención en su acto, pero sabiéndose una irredenta los tiró a la cama con desgana y desesperanza.

En su pecho se agolpaban mil recriminaciones. ¡Lloró! Lloró por todo que le había pasado desde que llegaran a Montenegro. Lloró por su papá desaparecido. Lloró por la distancia que había entre ella y su mamá. Lloró por la nube nefasta que se proyectaba en lontananza en su futuro. Lloró por su prima Camila. Lloró por su vida. Parada, desnuda, con su piercing, frente al espejo vio un monstruo que la miraba de frente. Monstruo que se le plantaba sin quitarle la mirada. Y de nuevo sintió la muerte:

El juvenicidio alude a la condición límite en la cual se asesina a sectores o grupos específicos de la población joven. Sin embargo, los procesos sociales que derivan en la posibilidad de que miles de jóvenes sean asesinados, implica colocar estas muertes en escenarios sociales más amplios que incluyen procesos de precarización económica y social, la estigmatización y construcción de grupos, sectores o identidades juveniles desacreditadas, la banalización del mal o la fractura de los marcos axiológicos junto al descrédito de las instituciones y las figuras emblemáticas de la probidad, la construcción de cuerpos-territorios juveniles como ámbitos privilegiados de la muerte, el narcomundo y el despliegue de corrupción, impunidad, violencia y muerte que le acompaña y la

condición cómplice de un Estado adulterado o narcoestado (Valenzuela, 2009, 2010, 2012), concepto que alude a la imbricada relación entre fuerzas criminales que actúan dentro y fuera de las instituciones o, para plantearlo de manera más directa, dentro de un imbricado colaboracionismo entre figuras institucionales, empresarios y miembros del crimen organizado. (Valenzuela, 2015, p. 15)

Un demonio o mil invadiendo un recipiente hecho de cartílagos y huesos. Una escisión de su ser en múltiples, o en solo dos; pero dos ya son legión. Los clientes se sucedieron en un carnaval de cuerpos. Laura, en un mes, ya sabía cómo era todo el mundo en el que decidiera habitar sin resignación, pero sí con cierto dejo de cinismo. Ocupaba un espacio que otros no veían. Los clientes pactaban la transacción con Julio o con Samuel, y ella la completaba. Mientras no la necesitaran, Laura no existía. Pervivía en dos mundos. La visibilización y la invisibilización eran parte de su quehacer. Ya llevaba más de seis meses pasando de uno a otro, y nadie sospechaba nada.

Una tarde salió a comer helado con su mamá, su tía y Valentina en el parque del pueblo, y vio, sentado en una mesa, al primer cliente que tuviera, junto a él su esposa, y dos mujeres adolescentes de su misma edad; al pasar por su lado pudo escuchar claramente que lo llamaban papá. Él no la notó. Ellas sus dos princesa, y él asesino de una.

El tiempo infalible pasaba, y Camila ya se preparaba para celebrar sus quince años. Aquella ceremonia social en la que se le da la bienvenida a la nueva mujer que ya está lista para hacer parte del mundo adulto. Las tres, Camila, Laura y Valentina, habían ido a comprar los vestidos para la fiesta. El de Camila era majestuoso, de color fucsia, con adornos brillantes, parecía que

fulgurara incluso de noche. Abombado, y una cola de un metro de larga, cual cometa Halley que atraviesa el espacio sideral, ella se veía como las mujeres que se casan en las telenovelas. Sus tacones eran rojos, y combinaban perfecto con el color del vestido. Su maquillaje era cargado, y el peinado lo coronaba una diadema en forma de corona. Todo lo compró ella. Lo de Valentina se lo regaló la tía Leonor. A Laura se lo compró su mamá, pero ella decidió los accesorios, así que estos los compró ella.

La fiesta se hizo en un chalet que alquilaron para la ocasión, y estaban invitados todos los amigos de Camila, incluidos los del colegio. Laura, entonces, conocía a muy pocos; puesto que ella estaba en séptimo, y los amigos del colegio de Camila ya estaban en noveno o grados superiores. La fiesta estaba llena, y Valentina y Laura aburridas, pues nadie bailaba con ellas. De pronto apareció Camila con un muchacho de 18 años, alto, que estaba en once, los presentó y Camila, entre risas, dijo que él quería conocer a Laura. El bochorno se le notaba a él y a Laura por igual. Bailaron, conversaron, se divirtieron.

Él se llama Juan David, de 18 años, le faltaba ese año para graduarse, no tenía novia, vivía con sus papás, y pensaba irse para el ejército cuando terminara el colegio, pues no había nada más para hacer. Muy consciente me dijo que no le agradaba la idea de irse a pelear una guerra que no entendía; irse para el monte a que lo mataran porque no tenía otra oportunidad en la vida. Con todo lo que hablaron esa noche Laura quedó encantada. La fiesta terminó muy a la madrugada, y él acompañó a Laura, a su mamá, a su tía Leonor y a su prima Valentina hasta la casa. ¡Todo un caballero!, dirían su mamá y su tía Leonor. Antes de irse, de forma insegura, Juan

David le pidió el número del celular, y prometió llamarla en la tarde de ese día para invitarla a comer helado.

En la tarde sonó el celular, era Samuel, uno de sus clientes habituales la buscaba, y quería verla a las dos de la tarde en punto, hasta las cinco. No se podía negar. Una de las condiciones en su trabajo, autoimpuesta, era apagar el teléfono. De tal suerte, que quedó incomunicada. Al llegar al parque, encendió el celular y tenía tres llamadas pedidas de Juan David. Sin dilación lo llamó y quedaron de verse a las 6:30 de la tarde, lo que le daba tiempo para ir a la casa y arreglarse. Ya lista, se paró frente al espejo, y le surgió una certeza: era la primera cita con un hombre que le gustara.

Frente al espejo, se miraba toda, reconociéndose, buscando esos detalles que la hacían ser lo que es: una niña en medio de lobos. Recordando en qué momento dejó *ser* y se convirtió en una posesión. Intentado ver lo que fue. Con su mirada escudriñaba en los contornos de su cuerpo, en sus propios ojos dónde estaba aquella niña que era feliz en la finca. Sentía que era una especie de serpiente, que había mudado su piel, y al hacerlo dejaba atrás lo que amaba, dejaba atrás lo que era, dejaba atrás quien era. Y sentía, asimismo, que solo había transformado de identidad una vez, pero que no sería la única vez en hacerlo. Su mirada atenta, ante el espejo, observaba esa figura proyectada sin entender quién era la que estaba parada ahí; legión pensó.

La habían despojado de sí misma; la habían convertido en un objeto consumible, descartable, desechable. El ruido del teléfono la sacó de sus elucubraciones, era Juan David. Esa noche fue idílica. Era perfecto. Se comieron un helado, luego la invitó a comer carne asada al

negocio de su mamá y de su tía. Él era un hombre perfecto. Hablaron de todo, pero Laura tenía sus secretos escondidos en lugares recónditos. Por su parte, él no se guardó nada. Fue diáfano. Así Laura se enteró de que él era el hijo menor de cinco; que su papá trabajaba en las fincas donde le resultara trabajo; que su mamá hacía el aseo de apartamentos, que vivían sus dos papás, dos hermanas cada una con un hijo como madres solteras, y que sus otros dos hermanos hombres eran militares.

También le contó que terminó el colegio solo porque era requisito para irse a hacer la carrera militar. Que ama el fútbol, y es hinchita incondicional de un equipo colombiano. Que por sobre todas las cosas adoraba a su mamá, que con su papá la relación no es la mejor y que a sus hermanas les ayudaba con lo que podía, que amaba a sus sobrinos y que sus sobrinos lo amaban a él. Que en su barrio todos creían que él era consumidor de marihuana, pero que ni siquiera fumaba cigarrillo. Juan David se portó como todo un caballero y no le tocó ni una mano; y Laura estaba que le daba un beso.

El lunes, en el colegio, la invitó a tomarse un yogur en el descanso, y ahí, él le dijo que ella le gustaba. Solo que la presión social: él en once y ella en séptimo, no sería muy bien visto. Así que sería un secreto mientras él se graduaba. El secreto les duró dos días. Un amigo de Juan David los vio dándose un beso en el parque, y pues pueblo pequeño... Así empezó su relación; lo más difícil para ella era en los lapsos en los que la llamaban a trabajar; por lo tanto, después de 15 días decidió renunciar, pero Julio, con la astucia de proxeneta avezado, le igualó las cargas y quedaron 50 y 50. Con ese argumento ella no renunció. Por tanto, Laura ideó un plan que no podía fallarle, cada vez que la llamaran a trabajar, ella le dejaría un mensaje a Juan David que



estaba indispuesta, y que se iba a recostar un rato, cuando volviera lo llamaría y ya, era fácil e infalible.

Juan David la recogía en la casa, y se iban juntos para el colegio, y así de regreso. Ana lo quería, y ella tenía una buena relación con sus dos hermanas y con su mamá. Terminó el año escolar, él se graduó, y como regalo ella le dio la plata para que comprara la libreta militar, el impuesto por ser un hombre joven y pobre en un país machista y belicoso. Él, como era de suponer, no la aceptó y se asombró con tanta plata junta en su poder. Laura, como siempre, inventó una excusa, él la creyó. Entre beso y beso, Juan Davis recibió el regalo, a regañadientes y con la promesa de devolverlo lo antes posible. Laura había logrado su primer cometido: que él no se enlistara en las filas como un soldado más. Y todo gracias a su trabajo.

Con Juan David todo era a pedir de boca, Laura, por supuesto, estaba enamorada. Pasaron las fiestas de fin de año, y ya Juan David, quien había desistido de ser soldado, estaba pensando qué hacer con su vida; así que su mamá le consiguió trabajo en uno de los parques temáticos ubicados en el municipio. Laura recuerda bien su primer encuentro sexual con él. Fue una noche que salieron a comer, y su mamá le dio permiso de llegar a las 11 de la noche; todo confluyó: el permiso que tenía, la familia de él estaba en una fiesta en Armenia, y lo más importante es que ese día no había trabajado. En ese orden de ideas, todo estaba dado; pero Juan David no tomaba la incitativa. Así que fue ella quien dio el primer paso, lo que siguió era diferente a todo lo que había vivido, pues ella creía que el sexo era el acto coital desprovisto de minucias, como las caricias, los besos... el placer.

Laura entendió que tener sexo y hacer el amor son dos condiciones distintas. Disímiles en forma y en contenido. Antípodas en sus raíces mismas. Veía las caras desfiguradas de todos los clientes, mientras se balanceaban en un instante sobre su cuerpo; escuchaba sus sonidos quedos; y las frases entrecortadas que le decían al momento mismo de ellos terminar. Ellos la miraban como viendo a alguien más, y otros no la miraban. Sabían que ella para ellos solo representaba un cuerpo alquilado para introducir su masa fálica; y ellos para ella solo eran clientes. Esa era la relación ineluctable que tenía con cada uno de ellos. El placer, así, no estaba entre sus presupuestos. Eso era por lo que pagaban los clientes, y ella hacía todo lo que estuviera a su alcance para que ellos lo obtuvieran.

Todo eso es lo que ella entendía por sexo, es lo que le habían enseñado en la televisión, y es lo que practicaba con sus clientes: el placer masculino como único objetivo. El poder heteropatriarcal en su máximo esplendor. Laura no podía imaginar que las mujeres pudieran experimentar placer, pues en los videos que había visto ellas gritaban y se contorneaban; pero era el hombre quien daba por terminado el coito y era él quien quedaba satisfecho. Por tal razón, cuando Juan David la hizo estremecer, supuso que eso debía ser raro, y evitó decírselo a él en ese momento. Además, de que hubo momentos en que era tanto el placer que le dolía. Él se concentró en ella, algo que ningún otro hombre había mostrado. Como él la miraba nadie, nunca, la había mirado. Sus manos la recorrían, no obstante, era como si fuera la primera vez que la tocaban, su lengua la empapó, y conoció al fin el orgasmo.

En definitiva, esa noche fue la génesis para que ella y sus némesis pactaran una tregua. Tregua que se extendía cada vez que Juan David la llevaba al éxtasis.

Ese año fue uno de los más felices para ella. Y llegó el cumpleaños número 15 de Valentina; sin embargo, ella no quería la misma fiesta que le hicieron a su hermana, ella pidió de regalo un viaje a San Andrés, y fue un día antes del viaje que se dio cuenta de que Valentina pensaba trabajar en lo mismo cuando regresara. Con Juan David todo era amor, aun cuando solo se veían unos minutos de noche y los fines de semana; pues a él lo ascendieron en su trabajo, y ella con el colegio y su secreto, no tenía tampoco tiempo. Hacía todo lo que estaba en sus manos para que ese arcano no saliera a flote.

Para hacer asequible ello, habló, entonces, con sus primas y les contó todo, ellas ya sabían, pues en ese negocio, según lo que le dijo Camila, debían conocer la competencia. El siguiente paso era decirle a su tía Leonor, para que la ayudara con excusas para poder gastarse la plata sin tantos problemas. Es fue mucho más sencillo de lo que esperaba, pues ella también ya sabía lo de sus hijas. La tía Leonor se comprometió a decirle a su mamá que ella le estaba regalando la plata de la que le traía Camila. Entonces, ella ya tenía luz verde para ser mucho más dadivosa. Esta actitud coincidió con un declive en las ventas de los negocios de su mamá; con lo que pudo empezar a aportar en las finanzas familiares.

Su vida trascurría entre el cielo y el infierno. De tiempo en tiempo se veía de frente con dios y con el demonio.

Llegó el día que había esperado desde hacía algún tiempo: su cumpleaños número 15. Para esa fecha tenía un montón de dinero ahorrado, con lo cual se pudo comprar el vestido de sus sueños, como los había visto en las telenovelas de la tarde: el suyo iba a ser azul celeste; con un

escote profundo, pero que no invitara a nada; sus tacones serían blancos, pero que no llegaran hasta el cielo; su maquillaje iba a ser lo más parco posible, tal vez una base, un par de sombras y un delineado azul en los labios; su peinado sería su pelo que le cayera por la espalda destapada en una cascada rubia. A su fiesta, invitaría a todos sus amigos de curso, a sus amigos del barrio, y por supuesto a sus dos familias: la suya y la de Juan David. Como regalo, para ella misma, se llevaría a su mamá y a Juan David para San Andrés.

No obstante, el regalo más importante, que tenía ella, era para los ellos dos, y se los diría cuando estuvieran bailando el vals. Todo el día estuvieron preparando la fiesta; y a las seis de la tarde llegó ella radiante, exuberante, imponente. La fiesta inició, y a las ocho entró un hombre al que no habían invitado: su papá. La felicidad era plena, pero tenían tantas preguntas. “Ya habría tiempo para hacerlas”, dijo él, “por el momento disfrutemos los quince años de mi hija.”

Llegó el vals, y con el primero que bailó fue con su papá, luego le tocó el turno a Juan David. Laura le susurró al oído: te amo... seremos papás... tengo dos meses de embarazo... él se quedó sin respiración por unos segundos. Bailaban de forma mecánica. Ella se preocupó, pues en su colegio se veía que muchas niñas estaban embarazadas y sus novios salían huyendo; pero no Juan David, toda vez que la abrazó muy fuerte, y le pidió, en otro susurro que se fueran a vivir juntos. En realidad Laura no esperaba eso. Todo, menos eso. No podía dejar su trabajo, no ahora, ya que estaba en octavo, y pensaba entrara a estudiar a la Universidad, junto con Juan David; esos eran planes para menos de tres años. Solo que para lograr esos planes, ella debía seguir trabajando y ahorrar lo que más pudiera, dado que sabía muy bien que su mamá no podría ayudarla con sus sueños.



Era domingo y Juan David estaba trabajando, así que no lo esperaba sino hasta la tarde. Y sí, a las cinco en punto entró, la abrazó y la besó. Laura estaba convencida de que lo amaba con cada una de las fibras de su más íntimo ser, pero no estaba dispuesta a dejar ir sus sueños tan fácilmente. De suerte, que lo llevó a su cuarto y le mostró lo inconveniente de estar viviendo juntos: ella escasamente estaba en la mitad del bachillerato, apenas acababa de cumplir 15 años, no sabía cocinar muy bien, su mamá estaba sumida en la tristeza por la aparición y subsecuente desaparición inexplicable de su marido, no tenían dinero suficiente, y un gran etcétera surgía entre los dos.

Juan David no sabía qué decirle. Por lo tanto, guardó silencio y se marchó. Laura esperó casi una hora y en la búsqueda de su mamá: “má, estoy embarazada de Juan David” Ana cayó desmayada, despertó en su cama, ante la mirada impávida de la tía Leonor y la angustia de Laura. Lo único que atinó a decir fue: “quien está atendiendo en el local” La tía Leonor se fue, y quedaron las dos ahí, de nuevo, ante la avalancha de incertidumbre. ¿Quién es el papá? ¿Y va a responder? ¿Y usted ahora qué va a hacer? ¿Cómo va a seguir estudiando? ¡Yo no se lo puedo cuidar! ¡Yo sí sabía! ¡Ahora qué se va a poner hacer! ¡Se le acabó la vida! Laura callada, acertó a decir: “pero má, usted me tuvo a mí casi de la misma edad.” ¡Pero eran tiempos diferentes! ¡Ahora está más duro! ¡La plata no alcanza para nada! ¡Un tarro de leche es carísimo, a usted la levantamos apunta de aguapanela! ¡Los pañales son diarios y son muy caros, a usted le ponía pañales de tela, y la lavada de eso es horrible!

Todavía faltaba decirle a otras personas lo de su embarazo: Julio y Samuel. Con ellos fue directo al grano, y la reacción de ellos fue violenta. ¡Usted es una estúpida, cómo se dejó

embarazar! ¡Cuántas veces le hemos dicho que planifique y que use condón! ¡Ahora qué va a hacer! ¡No nos vaya a meter en problemas porque no respondemos! ¡Usted es una puta, y a una puta nadie le va a creer! ¡Sabe qué, mejor ábrase de acá antes de que le hagamos algo!

Se había quedado sin trabajo, sin novio y sin familia. Cuando llegó a su casa supo que no estaba tan sola como creía. En la sala estaban sentados Juan David, su mamá y su tía Leonor, la estaba esperando, Juan David le explicó que entendía que no se quisiera ir de la casa, que por él no había ningún problema, siempre y cuando siguieran igual y que él estuviera dentro del embarazo; su mamá le dijo que la perdonara, que todo lo que había dicho era por el momento y sumándole lo de su papá; y su tía le ofreció todo el apoyo que necesitara. Siguió estudiando, y ya la panza se le notaba, por lo que su mamá y Juan David le compraron uniformes y ropa a su medida.

A los tres meses y medio, la llamó Julio, para disculparse por lo que le habían dicho en días pasados, y le ofreció un trabajo: un cliente que quería estar con una mujer embarazada. Sin dilación aceptó. Llegó al sitio, como siempre la recogieron en el carro y la llevaron hasta la finca; en el cuarto había un hombre joven. La hizo desnudar y la miraba, terminaron y ella quedó ante el espejo con su enorme barriga, pensando en lo desgraciada que una mujer tenía que ser para trabajar en su estado. Recibió \$150000 por media hora; más de lo que nunca había recibido en su trabajo. Julio y Samuel estaban felices. Aquel hombre reservó los próximos martes a las dos de la tarde para estar con Laura, e iba a pagar por cada encuentro \$300000; no lo podían creer, y Laura menos, pero ese era el negocio y ya estaba convenido.

Al siguiente martes el cliente fue mucho más cariñoso, y antes de salir le regaló un billete de \$50000 aparte del pago normal; así que ella tenía a su mejor cliente. Pero solo la busca por su embarazo. A Julio no le importaba en tanto pagara bien. Uno de esos martes, aquel hombre había pactado, con Julio y con Samuel, llevar a Laura hasta el infierno y dejarla allá. Por un millón de pesos lo iban a dejar hacer lo que él quisiera con ella por tres horas. Laura llegó esa tarde en la más absoluta ignorancia del acuerdo sellado por sus verdugos. Entró al cuarto, y estaba el mismo cliente esperándola. Ella se desnudó, todo estaba hasta ahí normal. De repente, aparecieron en escena dos hombres desnudos, mientras que Samuel grababa todo.

Todo era confusión de cuerpos, gritos, llantos y carcajadas. Laura estaba atrapada en las fauces de cancerbero. La sodomizaron, la amarraron a la cama, e hicieron lo que ellos quisieron, le golpeaban los glúteos, el rostro y las piernas, mientras reían y se felicitaban mutuamente. Laura no veía nada, no podía, no era capaz, todo pasaba como en una película dañada. Eran imágenes inconexas, en la que ella no se veía. Su barriga se movía de forma desproporcionada en un tambaleo que diera la impresión de que se fuera a zafar de cuerpo. Entre tato Samuel grababa en silencio con el celular.

Todo terminó, ellos salieron, Samuel recibió el dinero, ella quedó en la cama sin saberse o entenderse como una mujer. En su cabeza solo una idea circulaba: su bebé. Solo que él ya no existía, un ligero fluido vaginal de color rojo bajaba por entre sus piernas, como vestigio fatal de su desgracia. No sabe quién la llevó hasta el hospital; pero allí estuvo ocho días, y no pudieron salvar al bebé. Estuvo convaleciente en la cama otro mes, tiempo en el cual no apareció Juan David, ni Julio, ni Samuel. Entró de nuevo al colegio y una tarde, a la salida, la esperaba su



novio. Con su rostro demacrado y la rabia contenida, le gritó: ¡asesina! Y se marchó dejándola con la carga de esa palabra ante la mirada atónita de todo el colegio.

Después de eso no volvería a ser la misma. Se encerró en su casa un mes. Se retiró del colegio. Esa palabra: asesina, le calaba hasta lo más profundo y ella la tomaba como verdad. Una tarde, sola en la casa, se tomó el frasco completo de veneno para ratas, no contaba con que su prima estuviera en la casa, en el hospital estuvo ocho días, y con charlas con un psicólogo que solo le miraba los senos. De vuelta en su casa la palabra asesina la rasgaba, y de nuevo vio en el suicidio su escapatoria; esta vez con un cuchillo se abrió las venas, cuando su mamá la encontró, inconsciente, nadaba en un lago de sangre. En el hospital de nuevo estuvo 20 días, pero esa vez la remitieron con la unidad de psiquiatría. Allí, le recetaron medicamentos que la dormían todo el día, y en las noches la hacían enfrentar con todos sus demonios. Somos legión, le gritaban.

Una tarde, sentada en el andén de su casa, pasó Julio, la reconoció y se sentó junto a ella. le dijo que si no volvía al negocio esa misma semana su mamá pagaría los platos rotos, y señaló a Ana con la mano en forma de pistola. Esa amenaza de muerte fue la entrada de nuevo al mundo del trabajo sexual. Destruída, ya no le importaba mucho. Era evidente, así que Julio y Samuel se aprovecharon de eso, por lo tanto, su ficha de presentación, en el catálogo, quedaría de la siguiente forma:

**Nombre: Estrellita.**

**Edad: 16.**

**Es quindiana.**

**¿Qué le gusta?: que la cojan en cuatro, que la traten duro, ella aguanta todo lo que le hagan.**

**¿Qué no le gusta?: que la dejen con ganas, que no la maltraten.**

**Con Estrellita pa' las que sea. ¡Con toda!**

**¡Anímate a pasarla rico y satisface todas tus fantasías!**

Ese mundo, la devoró, aún sigue en él, aunque tiene otro horizonte, y no ha perdido el rumbo de la universidad; cuando cumplió 18 años se emancipó de su mamá; vive en Armenia y está en primer semestre en una universidad pública de la región.

## Referencias bibliográficas

- Blasco, J. M. (1992). El estadio del espejo: introducción a la teoría del yo en Lacan. Recuperado el 17/04/2017; de: <https://www.epbcn.com/pdf/jose-maria-blasco/1992-10-22-El-estadio-del-espejo-Introduccion-a-la-teoria-del-yo-en-Lacan.pdf>
- Brown, C. (2004). Barbie. Subversión y conflicto. *Anuario de Pregrado*, 1-19. Recuperado el 15/04/2017; de: [http://www.anuariopregrado.uchile.cl/articulos/Literatura/Anuario\\_Pregrado\\_Barbie\\_Subversi\\_conflicto.pdf](http://www.anuariopregrado.uchile.cl/articulos/Literatura/Anuario_Pregrado_Barbie_Subversi_conflicto.pdf)
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires: Paidós.
- Caro, J. P., Herrera, J. A., Wilches, L. E., Gómez, E. A., Jiménez, C. y Álvarez, M. (2013). Del sujeto, la subjetividad y la subjetivación a la noción de la responsabilidad subjetiva en el conflicto armado en Colombia. *Desbordes 4*, (7), 49-59.
- Cavalcante, I. C. y Ferreira, C. (2012). La violencia en el cotidiano de la prostitución: invisibilidades y ambigüedades. *Enfermagem*, 20(5), 1-7.
- Corral, R. (2004). Qué es la subjetividad. *Polis: Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial*, 1(4), 185-199.
- Durán, D. (2016, 14 de mayo). Secretaría de Gobierno de Bogotá culpa a Rosa Elvira Cely de su propio ataque. *El Espectador*. Recuperado el 22/04/2017; de: <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/secretaria-de-gobierno-de-bogota-culpa-rosa-elvira-cely-articulo-632350>
- Foucault, M. (2007). *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*. México D. F.: Siglo XXI.
- Freire, P. (2010). *Cartas a quien pretende enseñar*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ley 679 (agosto 3 del 2001). Por medio de la cual se expide un estatuto para prevenir y contrarrestar la explotación, la pornografía y el turismo sexual con menores, en desarrollo del artículo 44 de la Constitución.

- Ley 1336 (Julio 21 del 2009). Por medio de la cual se adiciona y robustece la Ley 679 de 2001, de lucha contra la explotación, la pornografía y el turismo sexual con niños, niñas y adolescentes.
- Llobet, V. (2015) Políticas y violencias en clave generacional en Argentina. En J. M. Valenzuela (Coord.), *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*. (pp. 215-234). Barcelona: NED.
- Morales, E. (2013, 06 de abril). ¿A quién debemos decirle doctor? *Crónica del Quindío*. Recuperado el 15/04/2017; de: [http://www.cronicadelquindio.com/noticia-noticia\\_opinion-op-7415](http://www.cronicadelquindio.com/noticia-noticia_opinion-op-7415)
- Muñoz, G. (2015). Juvenicidio en Colombia: crímenes de Estado y prácticas socialmente aceptables. En J. M. Valenzuela (Coord.), *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*. (pp. 131-164). Barcelona: NED.
- Nateras, A. (2015). El aniquilamiento identitario infanto-juvenil en Centroamérica: el caso de la Mara Salvatrucha (MS-13), y la «pandilla» del Barrio 18 (B-18). En J. M. Valenzuela (Coord.), *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*. (pp. 99-130). Barcelona: NED.
- Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito -UNODC-. (2015). Estudio descriptivo del delito de trata de personas que victimiza a niñas y mujeres de Medellín. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Ortiz, V. (2013). Modelos estéticos hegemónicos, subalternos o alternativos: una perspectiva étnico-racial de clase y género. *Tabula Rasa*, (18), 175-197.
- Piña, C. (2004). El cuerpo un campo de batalla. Tecnologías de sometimiento y resistencia en el cuerpo modificado. *El Cotidiano*, 20(126)
- Rangel, L. E. y Alves, R. (2015). Los jóvenes que más mueren: los negros y los indígenas en Brasil. En J. M. Valenzuela (Coord.), *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*. (pp. 197-213). Barcelona: NED.
- UNICEF. (2014). *Análisis de la situación de la infancia y la adolescencia en Colombia 2010-2014*. Recuperado el 15/04/2017; de: <http://unicef.org.co/sitan/assets/pdf/sitan.pdf>
- Valenzuela, J. M. (2015). Prólogo: aunque nos sangre el corazón. En J. M. Valenzuela (Coord.), *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*. (pp. 11-13). Barcelona: NED.

Valenzuela, J. M. (2015). Remolinos de viento: juvenicidio e identidades desacreditadas. En J. M. Valenzuela (Coord.), *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*. (pp. 15-57). Barcelona: NED.